

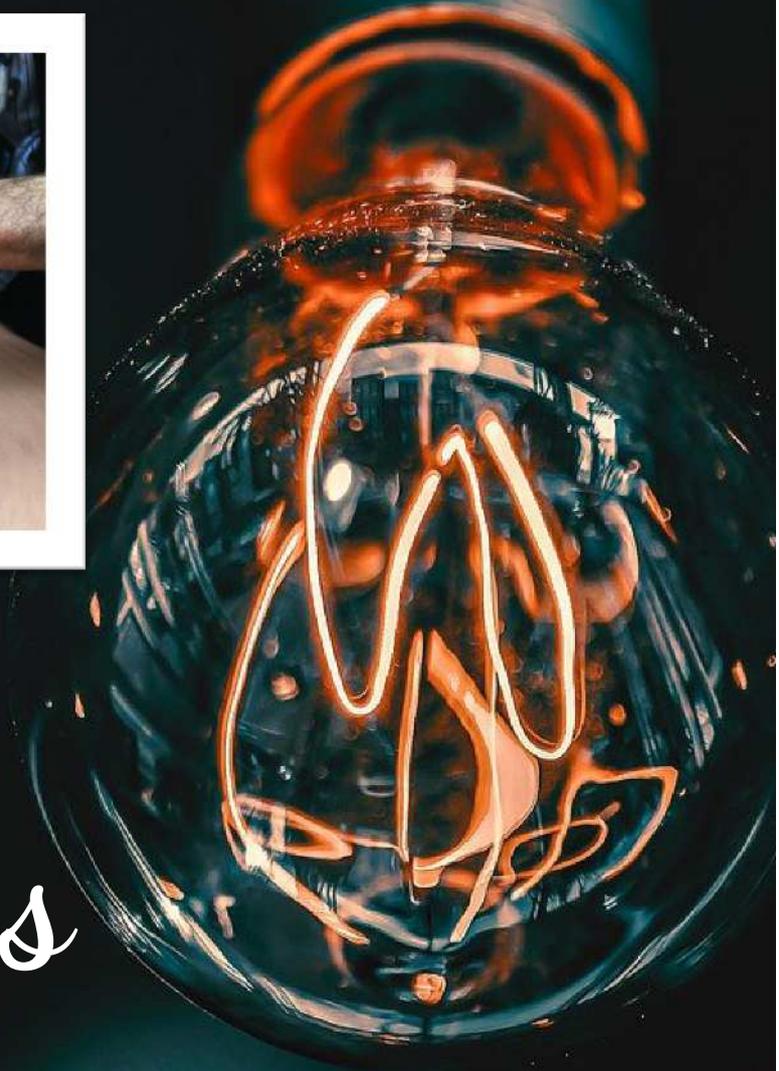


salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación

forum .com

– papeles de formación continua –



Artesanos de esperanza

Nº 178 - 24 de octubre de 2020

Índice

Este número	3
Artesanos de esperanza	
Retiro	4
El salesiano, hombre de Dios	
Formación	9
Vuelve la intolerancia	
María	12
En la escuela de María	
Comunicación	16
La responsabilidad de comunicar en el Continente Digital	
Carisma salesiano	18
Reavivar el don que habéis recibido	
Pastoral Juvenil	26
Pastoral 'kintsugi' para jóvenes	
Tras la pandemia	29
Las sombras de un mundo cerrado	
La Solana	37
Humanización y relación	
Educación	40
Educar en épocas de aceleración e innovación	
Lectio divina	52
Las Bienaventuranzas	
El Anaquel	57
Reflexiones capitulares – Sesión 1	
El encanto de los días	66
Conversaciones en el banco solitario	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé

Depósito Legal: LE 1436-2002 - ISSN: 1695-3681

► Este número

Artesanos de esperanza

Este número de forum.com del 24 de octubre se abre con una invitación, la de ser artesanos de esperanza. “Ni triunfalistas ni alarmistas, seamos hombres y mujeres alegres y esperanzados, no automatizados sino artesanos”, ha pedido el papa Francisco en su mensaje a los capitulares reunidos en Valdocco durante el último Capítulo General. Esta invitación es la que se nos propone en el retiro que Samuel Segura nos ofrece a partir del texto papal. “¡Un salesiano, hombre de esperanza, es un artesano! Alguien que, sin renunciar a los grandes programas, sabe trabajarse y trabajar en lo cotidiano, en las pequeñas distancias, en los detalles concretos”, señala.

Esta llamada a la esperanza que ofrece Francisco y que resuena en el retiro del mes son un reclamo necesario en este tiempo. Algo que se refuerza en la última encíclica del Papa, *Fratelli tutti*, de la que ofrecemos un fragmento en este número. “Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien. La reciente pandemia nos permitió rescatar y valorizar a tantos compañeros y compañeras de viaje que, en el miedo, reaccionaron donando la propia vida”, apunta Francisco al señalar las sombras del mundo que la pandemia ha sacado a la luz. Este es también el camino de la congregación para el próximo sexenio, por eso recogemos, desde este número, en “El Anaquel” de este forum.com las propuestas de trabajo comunitario sobre las reflexiones tras el Capítulo General. ¡Buena lectura!



Mateo González Alonso

El salesiano, hombre de Dios

Samuel Segura

El papa Francisco nos ha entregado a los salesianos un precioso tesoro con ocasión de la celebración del CG28¹: un mensaje que no tiene desperdicio, y que podemos leer en su integridad a continuación de estas páginas. No pudo hacerse presente entre los capitulares durante la celebración del mismo, pero en sus palabras sentimos su presencia, su cariño hacia la Congregación, y sobre todo lo que él valora y pide de nosotros, salesianos, como miembros activos y comprometidos dentro de la Iglesia.

Por ello, queremos acudir a dicho mensaje como fuente de inspiración para los retiros comunitarios en los meses de octubre y de noviembre. Pretendemos ofrecer una relectura orante de dicho mensaje, con alguna aplicación a nuestra vida. Ojalá pueda servir para cada uno de nosotros, como una ocasión más para nuestra conversión personal (a Dios), pastoral (a los jóvenes) y estructural (en nuestras comunidades y presencias).

En este primer retiro, queremos recuperar del Papa Francisco aquellos mensajes dirigidos a cada salesiano como consagrado, hombre de Dios, hombre teologal. La fe, la esperanza, la caridad, son dones de Dios a través de los cuales Él nos llama para ser suyos como salesianos. El Papa hace unas lecturas muy concretas de cada uno de estos tres dones, aplicándolos a la vida salesiana, al hoy de la Congregación, para la consideración de cada uno de nosotros.

El salesiano, hombre de fe

Ser cristiano no es otra cosa que ser creyente. Es decir, aceptar la fe como un don de Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo en el Espíritu Santo. Y sabemos que la aceptación del don de la fe no es un asentimiento intelectual a una serie de verdades, sino ante todo una experiencia de encuentro personal con Él en la humanidad resucitada del Señor Jesús por el Espíritu que nos habita. Tampoco es una experiencia puntual que se hace de una vez por todas en la vida: creo o no creo, y punto. Implica toda la persona del creyente y toda su vida, en cada uno de los minutos de su existencia.

¹ Puede consultarse el texto completo en la sección 'Carisma' en este número de forum.com.

Creyente es aquel que se esfuerza cada día, en cada momento, para leer desde la presencia de Dios en su vida, cada uno de los acontecimientos que le acaecen.

Pues bien, ¿qué lectura hace el Papa Francisco de esta realidad del salesiano como creyente, como hombre de fe? Él nos dice: “Os invito a *cultivar una actitud contemplativa* pronta para identificar y discernir los puntos neurálgicos. Esto ayudará a adentrarse en el camino con el espíritu y la aportación propia de los hijos de Don Bosco y, como él, desarrollar una *valiente revolución cultural*. Tal actitud contemplativa os posibilitará superar e ir más lejos de vuestras propias expectativas y planes. *Somos hombres y mujeres de fe, lo cual supone ser apasionados por Jesucristo*”.

En nuestra programación inspectorial se contempla esta línea de acción: “Cada salesiano cultiva la *actitud contemplativa* de leer con ojos de fe la realidad que está viviendo, orientando la propia vida y acción desde el primado de Dios”. En la más pura tradición salesiana siempre hemos hablado de ser *contemplativos en la acción*. De esto se trata.

Y esta actitud contemplativa personal, en el ámbito comunitario se traduce en un *discernimiento orante*: la comunidad, reunida en oración y reflexión, con la aportación de cada uno de los hermanos, busca la voluntad de Dios en el hoy de su vida y de su misión.

Para la reflexión personal

- ¿En qué medida y con qué medios alimento en mi vida personal esa *actitud contemplativa* para mirar las personas y situaciones desde la voluntad de Dios en mi vida?

- ¿En qué medida y en qué momentos realizo, desde esa actitud de fe, mi aportación al *discernimiento comunitario orante* para buscar la voluntad de Dios en mi comunidad y obra?

Oración

Señor. Hazme saber qué quieres de mí en cada circunstancia de mi vida. Ayúdame a descubrirte presente en todos aquellos con los que entre en relación y haz que sea para ellos signo y testimonio de tu amor.

El salesiano, hombre de esperanza

“Ni pesimista ni optimista, el Salesiano del s. XXI es un hombre esperanzado porque sabe que su centro está en el Señor, capaz de hacer nuevas todas las cosas (Cfr. Ap. 21,5)”. Así nos dice el Papa Francisco. Pesimismo y el optimismo son expresiones del propio carácter, formas de afrontar el ser humano la realidad, viendo su lado más

negativo o amenazante, o su lado más positivo o prometedor. En estas actitudes, el ser humano parte siempre y solo de sus propias fuerzas y de las posibilidades que le ofrece el entorno. Y desde ellas, se siente capaz (optimista) o incapaz (pesimista) de gestionar su vida y sus problemas, desde la conciencia de ser el único responsable.

Pues bien, “ni el pesimismo ni el optimismo son dones del Espíritu porque ambos surgen de una mirada autorreferencial sólo capaz de medirse con las propias fuerzas, capacidades o destrezas, impidiendo mirar lo que el Señor actúa y quiere realizar en medio nuestro”. Por el contrario, la esperanza cristiana tiene otra raíz. No es una forma de ser, sino un don de Dios para el creyente. Un don que le hace consciente de que, más allá del voluntarismo humano a la hora de afrontar la realidad, está la gracia de Dios y su voluntad. Está su plan de salvación sobre toda existencia personal y sobre el universo entero. Y que, con su gracia, y con la propia respuesta generosa personal, se pueden afrontar con esperanza las realidades más duras y difíciles; y se pueden vivir con serena alegría las mejores perspectivas. Siendo hombres de esperanza, nos sentiremos instrumentos de la voluntad de Dios y confiaremos mucho más, ayudados por su gracia, en nuestras posibilidades para el bien.

“Sólo eso nos salvará de vivir en una actitud de resignación y supervivencia defensiva. Sólo eso hará fecunda nuestra vida”, continua el Papa. Porque la resignación y supervivencia, tan frecuentes en nuestra vida a veces, es la actitud pesimista de pensar que no podemos cambiar la realidad ni renovar nuestra vida o la misión de nuestras obras ante las dificultades que nos rodean. Y terminaremos, dice el Papa, por “instalarnos en una inercia paralizante que le priva a vuestra misión de la *parresia* propia de los discípulos del Señor”. O, por el contrario, “un optimismo ciego capaz de licuar la fuerza y novedad evangélica impidiendo asumir concretamente la complejidad que las situaciones reclaman y la profecía que el Señor nos invita a desarrollar”. Por el contrario, “la esperanza es capaz de instaurar e inaugurar procesos educativos alternativos a la cultura imperante” en nuestra labor, y puede también hacer que logremos superar nuestras rutinas e inmovilismos.

“Ni triunfalistas ni alarmistas, seamos hombres y mujeres alegres y esperanzados, no automatizados sino *artesanos*”, concluye el Papa. ¡Un salesiano, hombre de esperanza, es un artesano! Alguien que, sin renunciar a los grandes programas, sabe trabajarse y trabajar en lo cotidiano, en las pequeñas distancias, en los detalles concretos. Que está convencido que Dios actúa en él y en las personas, y sabe agradecer y colaborar con la gracia de Dios en él y en los demás, para cambiar la realidad, para hacer presente el Reino de Dios, para “testimoniar la belleza de la generosidad, del servicio, de la pureza, de la fortaleza, del perdón, de la fidelidad a la propia vocación, de la oración, de la lucha por la justicia y el bien común, del amor a los pobres, de la amistad social” (*Christus Vivit*, 36).

Para la reflexión personal

- ¿Qué rasgo de mi carácter prevalece en mí, mis opiniones, mis relaciones con los demás y con el entorno? ¿Pesimismo, optimismo... o ese ambiguo “realismo”?
¿En qué medida ese rasgo de mi carácter me condiciona?

- ¿Vivo como un *hombre de esperanza*? ¿Trato de ser una persona serena, de crítica constructiva y comprometida, facilitadora, confiada en Dios ante la adversidad, que habla más con el lenguaje de los hechos que con la queja, que busca qué le pide Dios que aporte para superar las dificultades?

Oración

*Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:
que donde haya odio, ponga yo amor (...)
Que no busque tanto ser comprendido, como comprender,
Ser amado, como amar (...)
Porque perdonando es como se es perdonado,
Muriendo, es como se resucita a la vida eterna.*

El salesiano, hombre de caridad

El papa Francisco nos invita a confrontarnos con nuestro lema congregacional: “*Da mihi animas, coetera tolle*”. Es decir, con esa doble cara de la moneda, expresión de la única “caridad pastoral” que debe caracterizar nuestra existencia.

El *Da mihi animas*, como nos recuerda nuestras Constituciones, es la entrega a la misión juvenil y popular, “caracterizada por aquel dinamismo juvenil que tan fuerte aparecía en nuestro Fundador: un impulso apostólico que nos mueve a buscar las almas y servir únicamente a Dios” (C 10). Los cambios actuales, especialmente en el mundo de los jóvenes, “nos pide una doble docilidad: docilidad a los jóvenes y sus requerimientos y docilidad al Espíritu y a todo aquello que él quiera transformar”.

El Papa nos dice que “tanto nuestro presente como nuestro futuro debe estar preñado de esa fuerza apostólico-carismática llamada a continuar permeando la vida de tantos jóvenes abandonados o en peligro, pobres y necesitados, excluidos y descartados, privados de derechos, de hogar”.

El *Caetera tolle*, desde el punto de vista de nuestra conversión personal a Dios y pastoral a los jóvenes, implica superar cada día todo aquello que nos bloquea el ardor apostólico, y que el propio Papa Francisco nos ha repetido desde la *Evangelii Gaudium*: la *rutina*, con sus dinámicas de mera conservación o de conciencia de derrota y desencanto ante la dificultad de la tarea educativo-pastoral; la *autorreferencialidad* que nos hace buscar nuestros intereses y asegurarnos una vida cómoda desde nuestras necesidades perdiendo la entrega misionera; o el propio *activismo*, con el afán de hacer cosas sin las motivaciones adecuadas produciéndonos un cansancio tenso, pesado y que nos deja vacíos por dentro.

¿Y qué implica el *Caetera tolle* desde el punto de vista estructural de nuestras comunidades y presencias? Nos dice el Papa Francisco que supone superar y abandonar “aquello que durante el camino se fue incorporando y perpetuando que, si bien en otro

tiempo pudo ser una respuesta adecuada, hoy impide configurar y plasmar la presencia salesiana de manera evangélicamente significativa en las distintas presencias de misión. Esto reclama de nosotros superar los miedos y aprensiones que pueden surgir por haber creído que el carisma se reducía o identificaba con determinadas obras o estructuras. Vivir con fidelidad el carisma es algo más rico y desafiante que el simple abandono, repliegue o reacomodo de las casas o actividades”. Palabras especialmente sugerentes en un momento, como el que estamos en nuestra Inspectoría, de procesos de rediseño de las comunidades y presencias.

Para la reflexión personal

-Da mihi animas: ¿Con qué grado de impulso y pasión apostólica vivo el desempeño de mi participación en la misión de la casa? ¿Para qué personas (hermanos de comunidad, jóvenes, familias...) estoy siendo con mi vida creyente y salesiana un referente?

-Caetera tolle: ¿Qué rutinas y planteamientos personales de vida están estorbando y limitando mi entrega total a los hermanos de la comunidad y a los jóvenes? ¿Qué descubro que tengo que dejar para vivir con más autenticidad?

Oración

Conviérteme, Señor, y me convertiré a ti. Dame la fuerza que necesito para romper con todo aquello que paraliza mi entrega total. Hazme más de ti, más de los hermanos, más de los jóvenes.

Invitados a soñar

Es significativo que el Papa termine sus palabras invitándonos a soñar, en su español-argentino: “¡Sueñen... y hagan soñar!” Tantas veces hemos oído decir y hemos dicho aquello de que *somos hijos de un soñador*. El Papa es un enamorado de San José, a quien Dios, como a Don Bosco, le indicaba su voluntad por medio de sueños. La Iglesia nos está pidiendo que, como salesianos, soñemos, y soñemos a lo grande. Conscientes de que el Señor nos pide algo nuevo. Que “algo nuevo está brotando”, como dice el lema de la Campaña de Pastoral de este curso, cuando cada uno de nosotros somos capaces de soñarnos distintos, más de Dios, de los jóvenes, de los hermanos. Cuando creemos que Dios es muy capaz de cambiarnos y convertirnos si nos dejamos, si colaboramos un poco con Él, que nos da su gracia. ¡Soñémonos como renovados hombres de Dios, siempre en crecimiento, en novedad de vida! ¡Soñemos, que “el resto, se nos dará por añadidura”!

Formación

Vuelve la intolerancia²

Javier Oñate

Me parece evidente que vivimos en una sociedad plural. Basta, para confirmarlo, comprobar cómo coexisten entre nosotros una amplia diversidad de opiniones, mentalidades y estilos de vida, valores éticos e identidades religiosas.

Atrás quedó aquel país uniforme en el que, aparentemente, todos pensaban, sentían y vivían sin divergencias de consideración. Fue una época en la que lo diferente y lo nuevo provocaban una reacción de neto rechazo, al tiempo que un intento de sometimiento de quien se salía de la fila.

Algo similar podríamos decir de lo que nos ha ocurrido en la iglesia: ya pasó aquella imagen que la concebía como un colectivo homogéneo, sin apenas diferencias ni apertura a las reformas. Era una forma de vivir y de entender la iglesia, en la que no podía haber lugar para la libertad de conciencia y el diálogo. Todo estaba dicho y reglamentado, de modo que era inaceptable que se solicitara participar en una interpretación compartida de lo que, hoy y aquí, significa ser cristianos y vivir como tales. Atendiendo ahora a nuestro presente, ¿de verdad que caducaron ya los tiempos de la obediencia ciega y el conservadurismo? ¿Será cierto que se está produciendo un rebrote de mentalidades fundamentalistas, integristas e intolerantes? ¿Existen sectores que promueven una «vuelta atrás», a la cristiandad, y que, bajo la excusa del valor de la universalidad y la unidad de la iglesia, en realidad lo que desean es la uniformidad y el reglamentismo? ¿Habrán quienes los añoren e intenten recuperarlos? Todo parece indicar que sí, que hay grupos incómodos en una iglesia plural, recelosos frente al diálogo y el discernimiento compartidos, deseosos de la seguridad que da la repetición de lo antiguo.

No son sinónimos

Aunque muchas veces los usamos como sinónimos, puede venirnos bien clarificar qué relación existe entre fundamentalismo, integrista e intolerancia. Se llama fundamentalista una corriente religiosa o ideológica que defiende la aplicación literal,

² Publicado en la revista *Mensajero*.

sin interpretación, de sus textos sagrados o fundacionales. También se califica como fundamentalista el cumplimiento rígido de una práctica establecida. El fundamentalismo es hoy en día una tendencia presente en muchas religiones y fuerzas políticas, incluso hegemónica en algunos casos.

Por su parte, el término integrismo suele utilizarse como sinónimo de fundamentalismo, añadiéndole un tono claramente peyorativo. Podría matizarse que el integrista rechaza los cambios con la intención de mantener todo como intocable: la «integridad de lo acostumbrado». Tanto fundamentalismo como integrismo son mentalidades reactivas, de conservación, defensivas.

La intolerancia se entiende como la resistencia o la incapacidad para reconocer, realmente, aquello que es diferente de uno mismo. La intolerancia es una de las consecuencias sociales del fundamentalismo, aunque sin olvidar que también puede darse entre los que suelen llamarse «renovadores».

Si aceptamos que nuestro tiempo no es solo una época de cambios sino, más allá, un auténtico cambio de época, nos resultará más comprensible que en situaciones como esta, de crisis y de transformaciones profundas, el fundamentalismo y la intolerancia encuentren una audiencia creciente. El rechazo de la necesidad de interpretar y adaptar lo establecido, para cumplir estrictamente lo establecido parece ofrecer una apetecible seguridad pastoral de bajo coste. «Pastoral barata», sí, pero a la larga «cara» porque esta es una actitud que acaba afectando a la comunión eclesial.

Quede claro que lo preocupante de la intolerancia fundamentalista no es que existan dentro de la iglesia distintos pareceres, planteamientos y sensibilidades. Al contrario, esa variedad es signo de madurez, de libertad de conciencia y de expresión, de pluralidad. La diversidad es una seña de identidad que nos caracteriza como iglesia desde sus orígenes neotestamentarios. Pensar o soñar distinto no lesiona la comunión eclesial, si esa diferencia no nos aísla.

Dialogar y discernir en común

Creo yo que el problema no está en el «cuáles» son los desacuerdos, sino en el «cómo» los tratamos. Podemos discrepar en planes, estilos y prioridades pastorales, si lo que nos ocupa y preocupa es cómo dialogar y discernir en común. Lo que sí erosiona la comunión es negarse al encuentro, al debate y la búsqueda del consenso. En nada ayuda a la auténtica comunión la defensa como «fundamental», y por ello intocable, de lo que es opinable y reformable. En nada ayuda al diálogo fraterno el parapetarse tras normas y tradiciones como único y definitivo argumento. Al contrario, el «reglamentismo» suele ignorar atrevidamente cuántos cambios han tenido en la historia eclesial esos códigos y costumbres que ahora defiende como indudables.

Hay quienes piensan que este rebrotar del fundamentalismo católico no tiene horizonte en una sociedad abierta, plural y pluralista. ¿Qué fecundidad se puede esperar razonablemente de planteamientos evangelizadores que se remiten esencialmente al

pasado? ¿Para qué invocar los dones del Espíritu Santo si ya todo está definido hasta la última coma?

¿Cómo proponer el Evangelio sin activar, a la vez, la conciencia libre y comunitaria que al actualizarlo lo haga palabra de vida verdadera? ¿Cómo aceptar en la Iglesia que «quien no asume la misión exactamente como lo hago yo, está fuera de lo permisible»?

Sí, parece que el fundamentalismo tiene poco futuro, pero no olvidemos la fina observación del papa Francisco: «Es curioso. Cuando me doy cuenta de que un joven es demasiado rígido, es demasiado fundamentalista, no me da confianza; detrás hay algo que él mismo no sabe... Pero cuando se siente seguro... Ojos abiertos sobre la misión en los seminarios. Ojos abiertos».

En la escuela de María

Benedicto XVI³

Queridos religiosos, religiosas, personas consagradas, todos vosotros que, movidos por la voz de Jesús, lo habéis seguido por amor; queridos seminaristas, que os estáis preparando para el ministerio sacerdotal; queridos representantes de los Movimientos eclesiales, que lleváis la fuerza del Evangelio al mundo de vuestras familias, de vuestros lugares de trabajo, de las universidades, al mundo de los medios de comunicación social y de la cultura, a vuestras parroquias.

Como los Apóstoles con María «subieron a la estancia superior» y allí «perseveraban en la oración con un mismo espíritu» (Hch 1,12.14), así también hoy nos hemos reunido aquí, en Jasna Góra, que es para nosotros, en esta hora, la «estancia superior», donde María, la Madre del Señor, está en medio de nosotros. Hoy ella guía nuestra meditación; nos enseña a orar. Nos indica cómo abrir nuestra mente y nuestro corazón a la fuerza del Espíritu Santo, que viene a nosotros para que lo llevemos a todo el mundo. (...)

Queridos hermanos, necesitamos un momento de silencio y recogimiento para entrar en la escuela de María, a fin de que nos enseñe cómo vivir de fe, cómo crecer en ella, cómo permanecer en contacto con el misterio de Dios en los acontecimientos ordinarios, diarios, de nuestra vida. Con delicadeza femenina y con «la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo» (*Redemptoris Mater*, 46), María sostuvo la fe de Pedro y de los Apóstoles en el Cenáculo, y hoy sostiene mi fe y la vuestra.

«La fe es un contacto con el misterio de Dios», dijo el Santo Padre Juan Pablo II (ib., 17), porque creer «quiere decir ‘abandonarse’ en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente “cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos”» (ib., 14). La fe es el don, recibido en el bautismo, que hace posible nuestro encuentro con Dios. Dios se oculta en el misterio: pretender comprenderlo significaría querer circunscribirlo en nuestros conceptos y en nuestro saber, y así perderlo irremediabilmente. En cambio, mediante la fe podemos abrirnos paso a través de los conceptos, incluso los teológicos, y podemos «tocar» al Dios vivo. Y Dios, una vez tocado, nos transmite inmediatamente su fuerza. Cuando nos

³ Discurso a los religiosos, seminaristas y movimientos eclesiales (Czestochowa, 26 de mayo de 2006). Publicado en *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 2-VI-06.

abandonamos al Dios vivo, cuando en la humildad de la mente recurrimos a él, nos invade interiormente como un torrente escondido de vida divina.

¡Cuán importante es para nosotros creer en la fuerza de la fe, en su capacidad de entablar una relación directa con el Dios vivo! Debemos cuidar con esmero el desarrollo de nuestra fe, para que penetre realmente todas nuestras actitudes, nuestros pensamientos, nuestras acciones e intenciones. La fe ocupa un lugar no sólo en los estados de ánimo y en las experiencias religiosas, sino ante todo en el pensamiento y en la acción, en el trabajo diario, en la lucha contra sí mismos, en la vida comunitaria y en el apostolado, puesto que hace que nuestra vida esté impregnada de la fuerza de Dios mismo. La fe puede llevarnos siempre a Dios, incluso cuando nuestro pecado nos hace daño.

En el Cenáculo los Apóstoles no sabían lo que les esperaba. Atemorizados, estaban preocupados por su futuro. Seguían experimentado aún el asombro provocado por la muerte y resurrección de Jesús, y estaban angustiados por haberse quedado solos después de su ascensión al cielo. María, «la que había creído que se cumplirían las palabras del Señor» (cf. Lc 1,45), asidua con los Apóstoles en la oración, enseñaba la perseverancia en la fe. Con toda su actitud los convencía de que el Espíritu Santo, con su sabiduría, conocía bien el camino por el cual los estaba conduciendo y que, por tanto, podían poner su confianza en Dios, entregándose sin reservas a él, y entregándole también sus talentos, sus límites y su futuro.

Religiosos y consagrados

Muchos de vosotros habéis reconocido esta llamada secreta del Espíritu Santo y habéis respondido con todo el entusiasmo de vuestro corazón. El amor a Jesús, «derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dado» (cf. Rm 5,5), os ha indicado el camino de la vida consagrada. No lo habéis buscado vosotros. Ha sido Jesús quien os ha llamado, invitándoos a una unión más profunda con él. En el sacramento del santo bautismo habéis renunciado a Satanás y a sus obras, y habéis recibido las gracias necesarias para la vida cristiana y la santidad. Desde ese momento brotó en vosotros la gracia de la fe, que os ha permitido uniros a Dios.

En el momento de la profesión religiosa o de la promesa, la fe os llevó a una adhesión total al misterio del Corazón de Jesús, cuyos tesoros habéis descubierto. Renunciasteis entonces a cosas buenas, a disponer libremente de vuestra vida, a formar una familia, a acumular bienes, para poder ser libres de entregaros sin reservas a Cristo y a su reino. ¿Recordáis vuestro entusiasmo cuando emprendisteis la peregrinación de la vida consagrada, confiando en la ayuda de la gracia? Procurad no perder el impulso originario, y dejad que María os conduzca a una adhesión cada vez más plena.

Queridos religiosos, queridas religiosas, queridas personas consagradas, cualquiera que sea la misión que se os ha encomendado, cualquiera que sea el servicio conventual o apostólico que estéis prestando, conservad en el corazón el primado de vuestra vida consagrada. Que ella renueve vuestra fe. La vida consagrada, vivida en la fe, une

íntimamente a Dios, aviva los carismas y confiere una extraordinaria fecundidad a vuestro servicio.

Candidatos al sacerdocio

Amadísimos candidatos al sacerdocio, la reflexión sobre el modo como María aprendía de Jesús puede ayudaros en gran medida también a vosotros. Desde su primer «*fiat*», durante los largos y ordinarios años de su vida oculta, mientras educaba a Jesús, o cuando en Caná de Galilea solicitaba el primer milagro, o por último cuando en el Calvario al pie de la cruz contemplaba a Jesús, lo «aprendía» en cada momento. Había acogido, primero en la fe y después en su seno, el Cuerpo de Jesús y lo había dado a luz. Día a día lo había adorado extasiada, lo había servido con amor responsable, había cantado en su corazón el *Magnificat*.

En vuestro camino y en vuestro futuro ministerio sacerdotal dejaos guiar por María para «aprender» a Jesús. Contempladlo, dejad que él os forme, para que un día, en vuestro ministerio, seáis capaces de mostrarlo a todos los que se acerquen a vosotros. Cuando toméis en vuestras manos el Cuerpo eucarístico de Jesús para alimentar con él al pueblo de Dios, y cuando asumáis la responsabilidad de la parte del Cuerpo místico que se os encomiende, recordad la actitud de asombro y de adoración que caracterizó la fe de María. Del mismo modo que ella en su amor responsable y materno a Jesús conservó el amor virginal lleno de asombro, así también vosotros, al arrodillaros litúrgicamente en el momento de la consagración, conservad en vuestro corazón la capacidad de asombraros y de adorar. Reconoced en el pueblo de Dios que se os encomiende los signos de la presencia de Cristo. Estad atentos para percibir los signos de santidad que Dios os muestre entre los fieles. No temáis por los deberes y las incógnitas del futuro. No temáis que os falten las palabras o que os rechacen. El mundo y la Iglesia necesitan sacerdotes, santos sacerdotes.

Miembros de los nuevos movimientos eclesiales

Queridos representantes de los nuevos Movimientos en la Iglesia, la vitalidad de vuestras comunidades es un signo de la presencia activa del Espíritu Santo. Vuestra misión ha nacido de la fe de la Iglesia y de la riqueza de los frutos del Espíritu Santo. Deseo que seáis cada vez más numerosos, para servir a la causa del reino de Dios en el mundo de hoy. Creed en la gracia de Dios que os acompaña, y llevadla al entramado vivo de la Iglesia y, de modo particular, a donde no puede llegar el sacerdote, el religioso o la religiosa. Son numerosos los Movimientos a los que pertenecéis. Os alimentáis de doctrina proveniente de diversas escuelas de espiritualidad, reconocidas por la Iglesia. Aprovechad la sabiduría de los santos, recurrid a la herencia que han dejado. Formad vuestra mente y vuestro corazón en las obras de los grandes maestros y de los testigos de la fe, recordando que las escuelas de espiritualidad no deben ser un tesoro encerrado en las bibliotecas de los conventos. La sabiduría evangélica, leída en las obras de los grandes santos y verificada en la propia vida, se ha de llevar de modo

maduro, no infantil ni agresivo, al mundo de la cultura y del trabajo, al mundo de los medios de comunicación social y de la política, al mundo de la vida familiar y social. Para verificar la autenticidad de vuestra fe y de vuestra misión, que no atrae la atención hacia sí, sino que realmente irradia en torno a sí la fe y el amor, confrontadla con la fe de María. Reflejaos en su corazón. Permaneced en su escuela.

Cuando los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, se dispersaron por todo el mundo para anunciar el Evangelio, uno de ellos, Juan, el apóstol del amor, de modo particular «acogió a María en su casa» (cf. Jn 19,27). Precisamente gracias a su profunda relación con Jesús y con María pudo insistir tan eficazmente en la verdad de que «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16). Yo mismo quise tomar estas palabras como inicio de la primera encíclica de mi pontificado: *Deus caritas est*. Esta verdad sobre Dios es la más importante, la más central. A todos aquellos a quienes resulta difícil creer en Dios, les repito hoy: «Dios es amor». Sed vosotros mismos, queridos amigos, testigos de esta verdad. Lo seréis eficazmente si permanecéis en la escuela de María. Junto a ella experimentaréis vosotros mismos que Dios es amor y transmitiréis su mensaje al mundo con la riqueza y la variedad que el mismo Espíritu Santo sabrá suscitar.

Comunicación

La responsabilidad de comunicar en el Continente Digital

Gildasio Dos Santos Mendes⁴, SDB

Con un click se entra en el universo de internet: un continente poblado por casi 4.8 millones de usuarios, de acuerdo con las estadísticas recientes sobre su crecimiento en el mundo.

¡Seamos parte de este continente digital! Un continente formado por seres humanos de todas las culturas, etnias, múltiples confesiones religiosas y tendencias políticas.

Navegar en este continente digital en donde todos estamos conectados entre nosotros requiere atención y responsabilidad. Somos responsables de todo lo que escribimos y publicamos en Internet y en las redes sociales. Con una lista de direcciones y números de celulares podemos en las redes sociales llegar virtualmente a cientos de miles de personas con los escritos que compartimos. Cuando escribimos algo a nombre propio somos responsables delante de todos de lo que publicamos.

Comunicar virtualmente pide una constante atención a nuestra privacidad, seguridad y autoridad. Así, cuando comunicamos y compartimos información de parte de una institución que representamos, tenemos siempre que poner atención a transmitir los valores y la misión de la institución, además de garantizar su imagen, la credibilidad y transparencia.

El continente digital es un ecosistema social y cultural que nos ofrece grandes oportunidades para estar conectados con las personas y tener acceso al mundo de la cultura, de la economía, de la política, de las instituciones y de la religión. El continente digital nos desafía hoy a ser comunicadores de los valores de la vida, de la verdad y de la esperanza. El mundo digital nos desafía a emplear relaciones de humanidad, de solidaridad, para construir la hermandad humana entre todos los pueblos y las naciones. Un modo para expresar nuestra responsabilidad ética es promover la solidaridad digital.

Esto significa que tenemos la misión de trabajar para la inclusión digital, de manera que todas las personas tengan el derecho de comunicar, de usar las redes para su formación, para su ingreso del mundo del conocimiento, del trabajo, de las relaciones humanas, de

⁴ Consejero para la Comunicación Social.

sus grupos y de la propia comunidad. La ética en el mundo digital y en las redes sociales es fundamental para asegurarnos a nosotros y a los demás destinatarios, una comunicación que eduque al sentido de la vida, al empeño por la persona humana y la sociedad.

Cada comunicación es una relación con el otro. Comunicar en el ambiente digital con responsabilidad significa expresar nuestra humanidad y nuestras raíces culturales. Es vivir los ritos ordinarios de la vida cotidiana y asumirnos el empeño hacia la realidad que nos circunda, es crear comunión, servir a los otros y vivir la gratuidad. Tenemos la responsabilidad como educadores y evangelizadores de jóvenes, de estar presentes en este continente con creatividad e identidad salesiana.

En este nuevo areópago vivimos y construimos relaciones como comunicadores y pastores de jóvenes, con espíritu de gratuidad y disponibilidad pastoral. En la propuesta programática de la congregación salesiana, el Rector Mayor padre Ángel Fernández Artime, presenta muy bien la importancia de estar presentes en este continente, teniendo un estilo salesiano.

La presencia hoy toca también el mundo digital, un verdadero ‘nuevo Areópago’ para nosotros, un hábitat de los jóvenes de hoy. También aquí debemos estar presentes con una clara identidad salesiana, con el deseo de llevar el anuncio de la Buena Nueva, simplemente con la alegría y sencillez de los discípulos del Señor.

Inspirados en nuestro padre Don Bosco, caminamos al paso con los tiempos. Es el mundo digital que nos desafía y nos invita a ser creativos e innovadores para estar presentes en la nueva morada de los jóvenes. Este es un don y una responsabilidad para todos nosotros los salesianos, educadores y comunicadores.

► Carisma salesiano

*Reavivar el don que habéis recibido*⁵

Papa Francisco

Es significativo que después de algunas décadas la Providencia los haya traído a celebrar el Capítulo General aquí a Valdocco - el lugar de la memoria - donde el sueño fundador cuajó y dio sus primeros pasos. Estoy seguro que el rumor y el griterío de los oratorios será la mejor música funcional para que el Espíritu reavive el don carismático de vuestro fundador. No cierren las ventanas ante ese murmullo... dejen que los acompañe y los mantenga inquietos e intrépidos en el discernimiento; y permitan, a su vez, que esas voces y esos cantos les evoquen los rostros de tantos otros jóvenes que, por múltiples razones, se encuentran como ovejas sin pastor (Cfr. Mc. 6,34). Este murmullo e inquietud los mantendrá atentos y despiertos ante cualquier tipo de anestesia autoimpuesta y los ayudará a permanecer en fidelidad creativa a vuestra identidad salesiana.

Reavivar el don que han recibido

Pensar en el tipo de salesiano para los jóvenes de hoy implica aceptar que estamos inmersos en un momento de cambios, con todo lo que de incertidumbre genera. Nadie podrá decir con seguridad y exactitud (si es que alguna vez se pudo hacer) qué sucederá en el futuro próximo a nivel social, económico, educativo o cultural. La inconsistencia y fluidez de los acontecimientos, pero principalmente la rapidez con las que se suceden y comunican las cosas, hace que todo tipo de previsión se convierta en una lectura “condenada” a ser reformulada a la brevedad.⁶ Tal perspectiva se acentúa aún más por el hecho de que vuestras obras están orientadas especialmente al mundo juvenil que en sí mismo es un mundo en movimiento y en continua transformación. Esto nos pide una doble docilidad: docilidad a los jóvenes y sus requerimientos y docilidad al Espíritu y a todo aquello que Él quiera transformar.

Asumir responsablemente esta situación – a nivel personal como comunitario – supone salir de una retórica que nos haga decir continuamente “todo está cambiando” y, que a fuerza de repetirla y repetirla, termina por instalarnos en una inercia paralizante que le priva a vuestra misión de la parresia propia de los discípulos del Señor. Tal inercia

⁵ Mensaje del papa Francisco a los participantes en el Capítulo General de los Salesianos (Valdocco, 16 de febrero - 4 de abril de 2020).

⁶ Cfr. *Veritatis Gaudium*, 3-4.

también puede manifestarse en una mirada y actitud pesimista ante todo lo que nos rodea y no sólo respecto a las transformaciones que se operan en la sociedad sino también en relación a la propia Congregación, a los hermanos y a la vida de la Iglesia. Esta actitud que termina por “boicotear” e impedir cualquier respuesta o proceso alternativo, o por hacer surgir su antónima: un optimismo ciego capaz de licuar la fuerza y novedad evangélica impidiendo asumir concretamente la complejidad que las situaciones reclaman y la profecía que el Señor nos invita a desarrollar. Ni el pesimismo ni el optimismo son dones del Espíritu porque ambos surgen de una mirada autorreferencial sólo capaz de medirse con las propias fuerzas, capacidades o destrezas impidiendo mirar lo que el Señor actúa y quiere realizar en medio nuestro (Cfr. *Christus Vivit*, 35). Ni adaptarse a la cultura de moda, ni refugiarse en un pasado heroico pero ya desencarnado. En tiempos de cambios, hace bien detenerse en las palabras de san Pablo a Timoteo: «*Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido... Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad*» (2 Tim. 6-7).

Estas palabras nos invitan a **cultivar una actitud contemplativa** pronta para identificar y discernir los puntos neurálgicos. Esto ayudará a adentrarse en el camino con el espíritu y el aporte propio de los hijos de Don Bosco y, como él, desarrollar una «*valiente revolución cultural*». ⁷ Tal actitud contemplativa les posibilitará a Ustedes superar e ir más lejos de vuestras propias expectativas y planes. Somos hombres y mujeres de fe, lo cual supone ser apasionados por Jesucristo y sabemos que tanto nuestro presente como nuestro futuro está preñado de esa fuerza apostólico-carismática llamada a continuar permeando la vida de tantos jóvenes abandonados o en peligro, pobres y necesitados, excluidos y descartados, privados de derechos... de hogar (Cfr. ACG 427,6). Estos jóvenes esperan una mirada de esperanza capaz de contradecir todo tipo de fatalismo o determinismo. Ellos esperan cruzarse con la mirada de Jesús que les dice que «*en todas las situaciones oscuras y dolorosas hay salida*» (*Christus Vivit*, 104). Allí reside nuestra alegría.

Ni pesimista ni optimista, el salesiano del siglo XXI es un hombre esperanzado porque sabe que su centro está en el Señor, capaz de hacer nuevas todas las cosas (Cfr. Ap. 21,5). «*Sólo eso nos salvará de vivir en una actitud de resignación y supervivencia defensiva. Sólo eso hará fecunda nuestra vida*» ⁸ porque posibilitará que el don recibido pueda seguir experimentándose y expresándose como una buena noticia para y con los jóvenes de hoy. Esto es esperanza capaz de instaurar e inaugurar procesos educativos alternativos a la cultura imperante que, en no pocas situaciones – ya sea por escasez y pobreza extrema o abundancia (en algunos casos también extrema) – terminan por asfixiar y matar los sueños de nuestros jóvenes condenándolos a un conformismo ensordecedor, rastrero, y no pocas veces narcotizado. Ni exitistas ni alarmistas, hombres y mujeres alegres y esperanzados, no automatizados sino artesanos; hombres y mujeres capaces de «mostrar otros sueños que este mundo no ofrece, de testimoniar la belleza de la generosidad, del servicio, de la pureza, de la fortaleza, del perdón, de la fidelidad

⁷ *Laudato Si'*, 114.

⁸ Francisco, Homilía Fiesta de la Presentación del Señor – XXI Jornada mundial de la Vida Consagrada, 2 febrero 2017.

a la propia vocación, de la oración, de la lucha por la justicia y el bien común, del amor a los pobres, de la amistad social» (Christus Vivit, 36).

La opción Valdocco de vuestro 28º Capítulo General es una buena ocasión para confrontarse con las fuentes y pedirle al Señor: “*da mihi animas, coetera tolle*”. *Tolle* especialmente aquello que durante el camino se fue incorporando y perpetuando que, si bien en otro tiempo pudo ser una respuesta adecuada, hoy les impide configurar y plasmar la presencia salesiana de manera evangélicamente significativa en las distintas presencias de misión.⁹ Esto reclama de nosotros superar los miedos y aprensiones que pueden surgir por haber creído que el carisma se reducía o identificaba con determinadas obras o estructuras. Vivir con fidelidad el carisma es algo más rico y desafiante que el simple abandono, repliegue o reacomodo de las casas o actividades; supone un *cambio de mentalidad* frente a la misión a realizar.¹⁰

La opción Valdocco y el don de los jóvenes

El Oratorio salesiano y todo lo que surgió a partir de él, como narra *la biografía del Oratorio*, nació como respuesta a la vida de jóvenes con rostro e historia que movilizaron a aquel joven sacerdote que no podía permanecer neutro o inmóvil ante lo que acontecía. Fue mucho más que un gesto de buena voluntad o bondad e inclusive mucho más que el fruto de un proyecto de estudio sobre “viabilidad numérico-carismática”. Lo pienso como un acto de conversión permanente y respuesta al Señor que, “cansado de golpear” nuestras puertas, espera que lo vayamos a buscar y encontrar... o que lo dejemos salir, cuando golpea desde dentro. Conversión que implicó (y complicó) toda su vida y la de todos aquellos que estaban a su alrededor. Don Bosco no sólo no elige separarse del mundo para buscar la santidad, sino que se deja interpelar y elige *cómo y qué* mundo habitar.

Eligiendo y hospedando el mundo de niños y jóvenes abandonados, sin trabajo y formación, les permitió experimentar tangiblemente la paternidad de Dios y les proporcionó herramientas para narrar su vida y su historia a la luz de un amor incondicional. Ellos, a su vez, ayudaron a la Iglesia a reencontrarse con su misión: «*la piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular*» (Sal 118, 22). Lejos de ser agentes pasivos o espectadores de la obra misionera se volvieron, desde su propia condición –en muchos casos “iletrados religiosos” y “analfabetos sociales”– los principales protagonistas de todo el proceso fundador.¹¹ La salesianidad nace

⁹ Lema grabado a fuego en los primeros misioneros. Recuerdo la carta de don Giacomo Costamagna a Don Bosco donde después de contarle las dificultades del viaje y los distintos fracasos que tuvieron que enfrentar termina diciendo: “Dimandiamo unanimi una cosa sola: poter andare presto nella Patagonia a salvare innumerevoli anime”. La conciencia de saberse enviados a buscar almas a las periferias y permanecer sorteando todo aparente fracaso es una nota de identidad desde donde confrontar y medir el carisma: “*Da mihi animas, coetera tolle*”.

¹⁰ Recordemos la monición del Señor: “por mantenerse fieles a su tradición, ustedes descartan tranquilamente el mandamiento de Dios”. Mc. 7, 1-13.

¹¹ Gracias a la ayuda del sabio Cafasso, Don Bosco descubrió quién era en la mirada de esos jóvenes detenidos; y esos jóvenes detenidos descubrieron un rostro nuevo en la mirada de Don Bosco. Así ambos descubrieron el sueño de Dios (que necesita de estos encuentros para poder manifestarse). Don Bosco no

precisamente de ese encuentro capaz de suscitar profecías y visiones: hospedar, integrar y hacer crecer las mejores cualidades como don para los demás, principalmente de aquellos marginados y abandonados de lo que nada se espera. Lo dijo Pablo VI: «*Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma... En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio*» (Evangelii Nuntiandi 15). Todo carisma necesita ser renovado y evangelizado y, en vuestro caso sobre todo por los jóvenes más pobres.

Los interlocutores de Don Bosco ayer y del Salesiano hoy no son meros receptores de una estrategia diseñada de antemano, sino vivos protagonistas del oratorio a realizar.¹² Por medio de ellos y con ellos el Señor nos muestra su voluntad y sus sueños.¹³ Podríamos llamarlos co-fundadores de vuestras casas donde el Salesiano será experto en convocar y generar este tipo de dinámicas sin sentirse dueño de las mismas. Alianza que nos recuerda y moviliza a ser “Iglesia en salida” capaz de abandonar posiciones cómodas, seguras y alguna que otra vez privilegiada, para encontrar en los últimos la fecundidad típica del Reino de Dios. No se trata de una opción estratégica sino carismática. Una fecundidad sostenida en base a la cruz de Cristo que es siempre sinrazón escandalosa para quienes bloquearon la sensibilidad ante el sufrimiento o pactaron con la injusticia sobre el inocente. «*No seamos una Iglesia que no llora frente al drama de sus hijos jóvenes. Nunca nos acostumbremos, porque quien no sabe llorar no es madre. Nosotros queremos llorar para que la sociedad también sea más madre*» (Christus Vivit, 75).

La opción Valdocco y el carisma de la presencia

Es importante sostener que no se nos forma para la misión, sino que se nos forma en la misión desde donde gira toda nuestra vida, opciones y prioridades. La formación inicial o permanente no pueden ser una instancia previa, paralela o separada de la identidad y de la sensibilidad del discípulo. La misión *inter gentes* es nuestra mejor escuela desde donde rezamos, reflexionamos, estudiamos, descansamos. Cuando nos aislamos o alejamos del pueblo que estamos llamados a servir nuestra identidad como consagrados comienza a desfigurarse y caricaturizarse.

descubrió su misión frente a un espejo, sino ante el dolor de ver jóvenes que no tenían futuro. El salesiano del siglo XXI no descubrirá su identidad si no es capaz de padecer con «la cantidad de muchachos, sanos y robustos, de ingenio despierto que estaban en la cárcel atormentados y faltos en absoluto de alimento espiritual y material... en ellos estaba significado el oprobio de la patria, el deshonor de la familia» y podríamos agregar nosotros: de nuestra propia Iglesia (Cfr. *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales*, 48).

¹² Hoy vemos como en muchas regiones son los jóvenes los primeros en levantarse, organizarse e impulsar causas justas. Vuestras casas salesianas lejos de impedir este despertar están llamadas a volverse espacios que estimulen esta conciencia cristiana y ciudadana. Recordemos el título del aguinaldo del Rector Mayor de este año: “buenos cristianos y honrados ciudadanos”.

¹³ Los invito a tener presente siempre a todos aquellos que no participan de estas instancias pero que no podemos ignorar si no queremos volvernos un grupo cerrado.

En este sentido uno de los obstáculos que podemos identificar no tiene tanto que ver con cualquier situación externa a nuestras comunidades, sino más bien el que nos afecta directamente por una vivencia distorsionada del ministerio... y esto nos hace tanto mal: el clericalismo. Es la búsqueda personal de querer ocupar, concentrar y determinar los espacios minimizando y ninguneando la unción del Pueblo de Dios. El clericalismo, viviendo el llamado de modo elitista, confunde elección con privilegio, servicio con servilismo, unidad con uniformidad, discrepancia con oposición, formación con adoctrinamiento. El clericalismo es una perversión que promueve vínculos funcionales, paternalistas, posesivos y hasta manipuladores con el resto de las vocaciones en la Iglesia.

Otro obstáculo que encontramos –especialmente difundido (y hasta justificado) en este tiempo de precariedad y fragilidad– es la tendencia al rigorismo; confundiendo autoridad con autoritarismo pretende gobernar y controlar los procesos humanos con una actitud escrupulosa, severa y hasta mezquina frente a los límites y debilidades propias o ajenas (sobre todo ajenas). El rigorista se olvida que trigo y cizaña crecen juntos (Cfr. Mt. 13, 24-30) y «*que no todos pueden todo, y que en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia. En cualquier caso, como enseñaba san Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas*» (Gaudete et Exsultate, 49). Santo Tomás de Aquino con gran fineza y sutileza espiritual nos recuerda como: «el diablo engaña a muchos, pero de modo diferenciado. A algunos los engaña haciéndoles caer en el vicio; a otros, utilizando una excesiva rigidez (por parte de los sacerdotes). De este modo, a cuanto no puede obtener con un comportamiento vicioso, el demonio los lleva a la perdición definitiva, echando mano de la dureza de los prelados. No corrigiéndolos con misericordia, los inducen a la desesperación y, así, se pierden después y caen en la red del diablo. Nos sucede también a nosotros, cuando no perdonamos a los pecadores».¹⁴

Quienes acompañan a otros a crecer tienen que ser personas de horizontes grandes capaces de articular límites con esperanza y así ayudar a mirar siempre en perspectiva; en una perspectiva salvífica. Un educador «que no teme poner límites y – a la vez – se abandona a la dinámica de la esperanza expresada en su espera en la acción del Señor de los procesos, es la imagen de un hombre fuerte, que conduce algo que no le es propio sino de su Señor».¹⁵ No nos es lícito asfixiar e impedir la fuerza y la gracia de lo posible cuya realización esconde siempre una semilla de Vida nueva y buena. Aprendamos a trabajar y a confiar en los tiempos de Dios, que son siempre más grandes y sabios que nuestras miopes medidas. Él no busca quebrar a nadie sino salvar a todos.

Urge encontrar, por tanto, un estilo de formación capaz de asumir de manera estructural que la evangelización implica la participación plena, y con plena ciudadanía, de cada bautizado (con todas sus potencialidades como limitaciones) y no sólo de los así llamados “actores calificados” (Cfr. Evangelii Gaudium 120); una participación donde el servicio y el servicio al más pobre sea el eje articulador que ayude a transparentar y testimoniar mejor a nuestro Señor “que no vino para ser servido, sino

¹⁴ *Super II Cor.*, cap. 2, lect. 2 (in fine). El texto comentado por Santo Tomás es 2 Cor 2, 6-7 donde, refiriéndose a quien lo ha entristecido, san Pablo escribe: «deberéis ser benevolentes y consolarlo, para que no sucumba bajo un dolor aún más fuerte».

¹⁵ J. M. Bergoglio, *Meditaciones para religiosos*, 105.

para servir y dar su vida en rescate por una multitud” (Mt. 20, 28). Los aliento a continuar esforzándose por hacer de sus casas un “laboratorio eclesial” capaz de reconocer, valorar, estimular y alentar los distintos llamados y misiones en la Iglesia.¹⁶

En este sentido, pienso concretamente en dos presencias de vuestra comunidad salesiana que pueden ayudar como elementos desde donde confrontar el lugar que ocupan las diversas vocaciones entre ustedes; dos presencias que constituyen un “antídoto” ante toda tendencia clericalista y rigorista: el Hermano Coadjutor y las mujeres.

Los Hermanos Coadjutores son expresión viva de la gratuidad que el carisma nos invita a custodiar. Vuestra consagración es, ante todo, signo de un amor gratuito del Señor y al Señor en sus jóvenes que no se define principalmente por un ministerio, una función o servicio particular sino por una presencia. Antes que cosas a realizar, el salesiano es recuerdo vivo de una presencia donde la disponibilidad, escucha, alegría y dedicación son las notas esenciales para despertar procesos. La gratuidad de la presencia salva a la Congregación de toda obsesión activista y de todo reduccionismo técnico-funcional. La primera llamada es a ser una presencia alegre y gratuita en medio de los jóvenes.

¿Que sería de Valdocco sin la presencia de Mamá Margarita? ¿Hubiesen sido posible vuestras casas sin esta mujer de fe? En algunas regiones y lugares «hay comunidades que se han sostenido y han transmitido la fe durante mucho tiempo sin que algún sacerdote pasara por allí, aun durante décadas. Esto ocurrió gracias a la presencia de mujeres fuertes y generosas: bautizadoras, catequistas, rezadoras, misioneras, ciertamente llamadas e impulsadas por el Espíritu Santo. Durante siglos las mujeres mantuvieron a la Iglesia en pie en esos lugares con admirable entrega y ardiente fe».¹⁷ Sin una presencia real, efectiva y afectiva de la mujer vuestras obras carecerían del coraje y la valentía capaz de declinar la presencia como hospitalidad, como hogar. Frente el rigor excluyente es necesario aprender a gestar la vida nueva del Evangelio. Los invito a seguir estableciendo dinámicas donde la voz de la mujer, su mirada y su accionar – valorada en su singularidad – encuentre eco en la toma de decisiones; no como un actor auxiliar sino constitutivo de vuestras presencias.

La opción Valdocco en la pluralidad de lenguas

Como en otros tiempos el mito de Babel busca imponerse en nombre de la globalidad. Sistemas enteros crean una red de comunicación global y digital capaz de interconectar los distintos rincones del planeta con el grave peligro de uniformizar monolíticamente las culturas, privándolas de sus notas esenciales y recursos culturales. La presencia universal de vuestra familia salesiana es un estímulo y una invitación a custodiar y preservar la riqueza de muchas de las culturas en donde están inmersos sin buscar “homologarlas”. Por el contrario, esfuércense para que el cristianismo sea capaz de asumir la lengua y la cultura de las personas del lugar. Es triste ver como en muchos

¹⁶ Una vocación eclesial antes que ser un acto diferenciador o de complementariedad es una invitación a ofrecer un don particular en función del crecimiento de los demás.

¹⁷ *Querida Amazonia*, 99.

rincones todavía se experimenta la presencia cristiana como una presencia extranjera (principalmente europea); situación que se constata inclusive en los itinerarios formativos y estilos de vida.¹⁸ Al contrario, actuaremos como nos lo inspira esa anécdota que Don Bosco ante la pregunta sobre qué lengua le gustaba más hablar respondió: “la que me enseñó mi madre, es en la que más fácil puedo comunicarme”. Siguiendo esta certeza el Salesiano está invitado a hablar en la lengua materna de cada una de las culturas donde se encuentra. La unidad y comunión de vuestra familia es capaz de asumir y aceptar todas estas diferencias capaces de enriquecer a todo el cuerpo en una sinergia de comunicación e interacción donde cada uno pueda aportar lo mejor de sí para el bien de todo el cuerpo. Así la salesianidad lejos de perderse en la uniformidad de tonalidades adquirirá una manifestación más bella y atractiva... se animará a expresarse “en dialecto” (cfr. 2 Mac. 7, 26-27).

A su vez, la irrupción de la realidad virtual como lenguaje dominante en muchos de los países en los que Ustedes desarrollan la misión exige, en primer lugar, reconocer todas las posibilidades y bondades que produce sin subestimar o ignorar la incidencia que posee en la generación de vínculos, principalmente en el plano afectivo. De esto tampoco nosotros adultos consagrados somos inmunes. La tan difundida (y necesaria) “pastoral de la pantalla” nos pide habitar la red de manera inteligente reconociéndola como un espacio de misión,¹⁹ que reclama, a su vez, poner todas las mediaciones necesarias para no quedar prisioneros de su circularidad y de su lógica particular (y dicotómica). Esta trampa – inclusive en nombre de la misión – nos puede encerrar en nosotros mismos y aislarnos en una virtualidad cómoda, superflua y poco o nada comprometida con la vida de los jóvenes, de los hermanos de comunidad o de las obligaciones apostólicas. La red no es neutra y el poder que posee para crear cultura es muy alto. Bajo el avatar de la cercanía virtual podemos terminar ciegos o distantes de la vida concreta de las personas, achatando y empobreciendo la reciedumbre misionera. El repliegue individualista, tan difuso y promulgado socialmente en esta cultura ampliamente digitalizada, requiere una atención especial no sólo sobre nuestros modelos pedagógicos sino también sobre el uso personal y comunitario del tiempo, y de nuestras actividades y recursos.

La opción Valdocco y la capacidad de soñar

Uno de los géneros literarios de Don Bosco eran los sueños. Con ellos el Señor se coló en su vida y en la vida de toda vuestra Congregación alargando la imaginación de lo posible. Los sueños, lejos de mantenerlo dormido le ayudaron, al igual que a san José, a asumir otro espesor y medida de la vida, ése que nace de las entrañas de la compasión

¹⁸ Cfr. *Querida Amazonia*, 90. “Como podemos ver en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, ‘permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado’ (NMI 40)” (*Evangelii Gaudium*, 116).

¹⁹ Hoy, en efecto, “se impone una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros, y con el espacio, y que suscite valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos” (*Evangelii Gaudium*, 74).

de Dios. Era posible vivir concretamente el Evangelio... lo soñó y lo plasmó en el oratorio.

Quiero ofrecerles estas palabras como las “buenas noches” en toda buena casa salesiana al finalizar la jornada, invitándolos a soñar y a soñar a lo grande. Sepan que el resto se les dará por añadidura. Sueñen casas abiertas, fecundas y evangelizadoras capaces de permitirle al Señor mostrar a tantos jóvenes su amor incondicional y les permita a ustedes gozar de la belleza a la que fueron llamados. Sueñen... y no sólo por Ustedes y por el bien de la Congregación sino por todos esos jóvenes privados de la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, privados de una comunidad de fe que los contenga, de un horizonte de sentido y de vida (Cfr. Evangelii Gaudium 49). ¡Sueñen... y hagan soñar!

► Pastoral juvenil

Pastoral ‘kintsugi’ para jóvenes El arte y la belleza de las propias cicatrices²⁰

Óscar Alonso

Recurro a dos imágenes que últimamente han venido a mí y que me resultan interesantes para sacar algunas conclusiones, ahora que hablamos de lo frágiles y/o fragmentados que estamos y que están los jóvenes actuales. La primera me servirá para hacer referencia a dicha fragmentación y la segunda para tratar de dar luz a una pastoral juvenil que no solo se haga cargo de la misma sino que sea una alternativa real de trabajo con los jóvenes partiendo de su realidad y del momento vital en el que están, siempre desde la propuesta posibilitante del Evangelio.

La primera imagen es la del *blandiblu*, hoy recuperado del baúl de los recuerdos con el nombre de *slime* (ya se sabe que todo lo que se dice en inglés suena mejor y vende más). El *blandiblu* de entonces (el *slime* de ahora) era una sustancia gelatinosa en la frontera entre el estado líquido y el sólido, gustosa al tacto, absolutamente manipulable, capaz de adaptarse a cualquier recipiente y de emular cualquier forma sin demasiada consistencia. Versátil, colorida, algo transparente, blandita, fácil de fabricar o de adquirir. No seré yo el que compare a los jóvenes de hoy con el *blandibu*, pero algunas de sus características sí que puede que nos ayude a entender qué es eso de la fragilidad emocional de muchos de ellos y cómo poder salir al paso de la misma desde la pastoral juvenil.

Muchos de nuestros jóvenes son fuertes, se han ido haciendo con herramientas internas para afrontar lo que venga en cada momento, se preparan en mil y una cosas para estar listos para todo, leen, se cuidan (por fuera y por dentro), confían lo que les sucede a personas muy especiales para ellos, son consistentes, se hacen con buenos argumentos o los crean ellos mismos a la hora de defender sus ideas y planteamientos, son transparentes y viven ilusionados con lo que toca vivir. Ante las crisis se crecen, se reinventan, buscan o crean recursos, son creativos infatigables y no se dejan manipular fácilmente. Trabajan en equipo, necesitan el contacto de los otros para crecer, para sumar y así multiplicar. Su mundo emocional es básico: quieren, se dejan querer, viven alegres y entusiasmados. Son solidarios. Les preocupa el presente y el futuro. Tienen un mundo interior habitado.

Pero muchos de nuestros jóvenes también son todo lo contrario, no sé si siempre o a veces, pero les caracteriza esa naturaleza gelatinosa que uno no sabe si va o viene,

²⁰ Publicado en el número 544 de la “Revista de Pastoral Juvenil”, pp.21-22.

parecen flojillos, se adaptan a cualquier cosa, pero no por opción sino por pura comodidad, viven en la cultura del mínimo esfuerzo y de los egos, de una hipertrofia total de derechos y una atrofia absoluta de deberes. Ante las crisis se aplanan, se derriten, se deshacen literalmente. Son blanditos, hacen a casi todo. Los otros sí si se sirven para algo o si son como yo. Las emociones a flor de piel, pero sin nada de profundidad ni demasiada adhesión. Cada momento requiere algo diferente. Son muchos en uno mismo y en uno mismo casi ninguno. Lo de los otros no les importa, ni mucho ni poco. Les preocupa el ahora. Manipulables no, lo siguiente. Son pura superficialidad.

Ambos perfiles coexisten. Ambos rostros buscan, quizás unos con más intensidad que otros o quizás cosas diferentes. Ambos ansían la felicidad plena a un diferente coste. Ambos necesitan, especialmente los segundos, ser acompañados para no terminar siendo una especie de *blandiblu* que se moldea al son de los logos, las marcas y las modas. Que se deja comer terreno por ese gen egoísta que acaba con todo lo que engulle.

La segunda imagen que me viene a la mente en este momento es la del *Kintsugi*. Y es a partir de la misma que quiero proponer algunas ideas de cara a la pastoral juvenil. El *Kintsugi* es la práctica japonesa de reparar fracturas de la cerámica con resina de oro y plantea que las roturas y las reparaciones forman parte de la historia de un objeto y deben mostrarse en lugar de ocultarse. De ese modo, las roturas terminan embelleciendo el objeto.

Esa práctica llevo utilizándola años en las semanas de retiro con educadores, catequistas, monitores y muchos jóvenes. Evidentemente hay una preparación anterior y una puesta en común posterior a esta dinámica de romper un cuenco e intentar reconstruirlo haciéndolo más nuestro, más bello y más valioso. Las roturas del cuenco (que son una metáfora de nuestras cicatrices en la vida real) se convierten en una ocasión para enfrentarnos al mundo. La vida se encarga, con el paso del tiempo y de los acontecimientos, de agrietarnos, de rompernos y llenarnos de pequeñas fisuras, y en esta práctica eso mismo es un manantial de posibilidades.

El cuenco roto pasa de ser una cosa más a ser un gesto gráfico que nos incita a emular su poderosa transformación, y, metafóricamente, la herida pasa de ser algo doloroso, emocionalmente desestabilizante, oscuro y triste, a ser una ventana por la que entra una luz transformadora. Como decía Leonard Cohen, «hay una grieta en todo, así es como entra la luz». De este modo, en lugar de que un objeto roto deje de servir y lo desechemos, su función se transforma en otra: al cubrir un episodio doloroso o desequilibrante con polvo de oro, a partir de ese momento es aceptado como una pieza única, como una verdadera joya.

A mí me gustaría que la pastoral juvenil saliera al paso de estas realidades, tan presentes en la vida de todos, también de los jóvenes, y que las diera la vuelta, que ayudara a integrarlas en la propia historia y que desde el Evangelio les dotase de herramientas para poder vivir desde la experiencia sanante de encontrarse personalmente con el Señor Jesús: «La vida de los jóvenes, como la de todos, está marcada también por heridas. Son las heridas de las derrotas de la propia historia, de los deseos frustrados, de las discriminaciones e injusticias sufridas, del no haberse sentido amados o

reconocidos. Por otro lado, están las heridas morales, el peso de los propios errores, los sentimientos de culpa por haberse equivocado. Reconciliarse con las propias heridas es hoy más que nunca condición necesaria para una vida buena. La Iglesia está llamada a sostener a todos los jóvenes en sus pruebas y a promover acciones pastorales adecuadas» (ChV 67).

Creo que la pastoral juvenil que necesitamos debería:

- Partir de la realidad de los jóvenes, no de los ideales de los santos.
- Trabajar las heridas e inconsistencias personales antes que proponer el conocimiento de términos y contenidos teológicos/catequéticos.
- Proveer de experiencias a los jóvenes en las que ellos mismos se descubran rotos, fracturados, con fisuras, pero en ello fuertes, valiosos, únicos y sanados.
- Presentar a un Jesús posible, vivible, experimentable, no a un Superman inalcanzable.
- Acompañar procesos, todos los procesos, no solo los que tienen que ver con la fe y con lo sacramental. Todos los procesos.
- Como san Agustín, mantener la puerta siempre abierta para que cuando los jóvenes lo deseen y lo necesiten, puedan entrar y encontrarse en casa (sin horarios de despacho).
- Ser para los jóvenes una buena noticia, una razón potente de querer ser más ellos mismos, un motivo de felicidad y de entrega evangélica.

Ojalá nuestra pastoral juvenil sea una pastoral *Kintsugi* para nuestros jóvenes, ojalá sea el arte y la belleza de ayudarles a encontrarse y a vivir con las propias cicatrices como valiosas oportunidades de crecimiento y de reafirmación de lo que se es y se cree.

▶ Tras la pandemia

*Las sombras de un mundo cerrado*²¹

Papa Francisco

Sueños que se rompen en pedazos

10. Durante décadas parecía que el mundo había aprendido de tantas guerras y fracasos y se dirigía lentamente hacia diversas formas de integración. Por ejemplo, avanzó el sueño de una Europa unida, capaz de reconocer raíces comunes y de alegrarse con la diversidad que la habita. Recordemos «la firme convicción de los Padres fundadores de la Unión Europea, los cuales deseaban un futuro basado en la capacidad de trabajar juntos para superar las divisiones, favoreciendo la paz y la comunión entre todos los pueblos del continente». También tomó fuerza el anhelo de una integración latinoamericana y comenzaron a darse algunos pasos. En otros países y regiones hubo intentos de pacificación y acercamientos que lograron frutos y otros que parecían promisorios.

11. Pero la historia da muestras de estar volviendo atrás. Se encienden conflictos anacrónicos que se consideraban superados, resurgen nacionalismos cerrados, exasperados, resentidos y agresivos. En varios países una idea de la unidad del pueblo y de la nación, penetrada por diversas ideologías, crea nuevas formas de egoísmo y de pérdida del sentido social enmascaradas bajo una supuesta defensa de los intereses nacionales. Lo que nos recuerda que «cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas aún. Es el camino. El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día. No es posible conformarse con lo que ya se ha conseguido en el pasado e instalarse, y disfrutarlo como si esa situación nos llevara a desconocer que todavía muchos hermanos nuestros sufren situaciones de injusticia que nos reclaman a todos».

12. “Abrirse al mundo” es una expresión que hoy ha sido cooptada por la economía y las finanzas. Se refiere exclusivamente a la apertura a los intereses extranjeros o a la libertad de los poderes económicos para invertir sin trabas ni complicaciones en todos los países. Los conflictos locales y el desinterés por el bien común son instrumentalizados por la economía global para imponer un modelo cultural único. Esta cultura unifica al mundo pero divide a las personas y a las naciones, porque «la sociedad

²¹ Selección de algunos fragmentos del capítulo II de la encíclica *Fratelli tutti*.

cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos». Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia. Hay más bien mercados, donde las personas cumplen roles de consumidores o de espectadores. El avance de este globalismo favorece normalmente la identidad de los más fuertes que se protegen a sí mismos, pero procura licuar las identidades de las regiones más débiles y pobres, haciéndolas más vulnerables y dependientes. De este modo la política se vuelve cada vez más frágil frente a los poderes económicos transnacionales que aplican el “divide y reinarás”.

El fin de la conciencia histórica

13. Por eso mismo se alienta también una pérdida del sentido de la historia que disgrega todavía más. Se advierte la penetración cultural de una especie de “deconstruccionismo”, donde la libertad humana pretende construirlo todo desde cero. Deja en pie únicamente la necesidad de consumir sin límites y la acentuación de muchas formas de individualismo sin contenidos. En esta línea se situaba un consejo que di a los jóvenes: «Si una persona les hace una propuesta y les dice que ignoren la historia, que no recojan la experiencia de los mayores, que desprecien todo lo pasado y que sólo miren el futuro que ella les ofrece, ¿no es una forma fácil de atraparlos con su propuesta para que solamente hagan lo que ella les dice? Esa persona los necesita vacíos, desarraigados, desconfiados de todo, para que sólo confíen en sus promesas y se sometan a sus planes. Así funcionan las ideologías de distintos colores, que destruyen —o de-construyen— todo lo que sea diferente y de ese modo pueden reinar sin oposiciones. Para esto necesitan jóvenes que desprecien la historia, que rechacen la riqueza espiritual y humana que se fue transmitiendo a lo largo de las generaciones, que ignoren todo lo que los ha precedido».

14. Son las nuevas formas de colonización cultural. No nos olvidemos que «los pueblos que enajenan su tradición, y por manía imitativa, violencia impositiva, imperdonable negligencia o apatía, toleran que se les arrebate el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y, finalmente, su independencia ideológica, económica y política». Un modo eficaz de licuar la conciencia histórica, el pensamiento crítico, la lucha por la justicia y los caminos de integración es vaciar de sentido o manipular las grandes palabras. ¿Qué significan hoy algunas expresiones como democracia, libertad, justicia, unidad? Han sido manoseadas y desfiguradas para utilizarlas como instrumento de dominación, como títulos vacíos de contenido que pueden servir para justificar cualquier acción.

Sin un proyecto para todos

15. La mejor manera de dominar y de avanzar sin límites es sembrar la desesperanza y suscitar la desconfianza constante, aun disfrazada detrás de la defensa de algunos valores. Hoy en muchos países se utiliza el mecanismo político de exasperar, exacerbar

y polarizar. Por diversos caminos se niega a otros el derecho a existir y a opinar, y para ello se acude a la estrategia de ridiculizarlos, sospechar de ellos, cercarlos. No se recoge su parte de verdad, sus valores, y de este modo la sociedad se empobrece y se reduce a la prepotencia del más fuerte. La política ya no es así una discusión sana sobre proyectos a largo plazo para el desarrollo de todos y el bien común, sino sólo recetas inmediatistas de *marketing* que encuentran en la destrucción del otro el recurso más eficaz. En este juego mezquino de las descalificaciones, el debate es manipulado hacia el estado permanente de cuestionamiento y confrontación.

16. En esta pugna de intereses que nos enfrenta a todos contra todos, donde vencer pasa a ser sinónimo de destruir, ¿cómo es posible levantar la cabeza para reconocer al vecino o para ponerse al lado del que está caído en el camino? Un proyecto con grandes objetivos para el desarrollo de toda la humanidad hoy suena a delirio. Aumentan las distancias entre nosotros, y la marcha dura y lenta hacia un mundo unido y más justo sufre un nuevo y drástico retroceso.

17. Cuidar el mundo que nos rodea y contiene es cuidarnos a nosotros mismos. Pero necesitamos constituirnos en un “nosotros” que habita la casa común. Ese cuidado no interesa a los poderes económicos que necesitan un rédito rápido. Frecuentemente las voces que se levantan para la defensa del medio ambiente son acalladas o ridiculizadas, disfrazando de racionalidad lo que son sólo intereses particulares. En esta cultura que estamos gestando, vacía, inmediatista y sin un proyecto común, «es previsible que, ante el agotamiento de algunos recursos, se vaya creando un escenario favorable para nuevas guerras, disfrazadas detrás de nobles reivindicaciones».

El descarte mundial

18. Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites. En el fondo «no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” —como los no nacidos—, o si “ya no sirven” —como los ancianos—. Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos».

19. La falta de hijos, que provoca un envejecimiento de las poblaciones, junto con el abandono de los ancianos a una dolorosa soledad, es un modo sutil de expresar que todo termina con nosotros, que sólo cuentan nuestros intereses individuales. Así, «objeto de descarte no es sólo el alimento o los bienes superfluos, sino con frecuencia los mismos seres humanos». Vimos lo que sucedió con las personas mayores en algunos lugares del mundo a causa del coronavirus. No tenían que morir así. Pero en realidad algo semejante ya había ocurrido a causa de olas de calor y en otras circunstancias: cruelmente descartados. No advertimos que aislar a los ancianos y abandonarlos a cargo de otros sin un adecuado y cercano acompañamiento de la familia, mutila y empobrece a la misma familia. Además, termina privando a los jóvenes de ese necesario contacto con sus raíces y con una sabiduría que la juventud por sí sola no puede alcanzar.

20. Este descarte se expresa de múltiples maneras, como en la obsesión por reducir los costos laborales, que no advierte las graves consecuencias que esto ocasiona, porque el desempleo que se produce tiene como efecto directo expandir las fronteras de la pobreza. El descarte, además, asume formas miserables que creíamos superadas, como el racismo, que se esconde y reaparece una y otra vez. Las expresiones de racismo vuelven a avergonzarnos demostrando así que los supuestos avances de la sociedad no son tan reales ni están asegurados para siempre.

21. Hay reglas económicas que resultaron eficaces para el crecimiento, pero no así para el desarrollo humano integral. Aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo que ocurre es que «nacen nuevas pobrezas». Cuando dicen que el mundo moderno redujo la pobreza, lo hacen midiéndola con criterios de otras épocas no comparables con la realidad actual. Porque en otros tiempos, por ejemplo, no tener acceso a la energía eléctrica no era considerado un signo de pobreza ni generaba angustia. La pobreza siempre se analiza y se entiende en el contexto de las posibilidades reales de un momento histórico concreto.

Derechos humanos no suficientemente universales

22. Muchas veces se percibe que, de hecho, los derechos humanos no son iguales para todos. El respeto de estos derechos «es condición previa para el mismo desarrollo social y económico de un país. Cuando se respeta la dignidad del hombre, y sus derechos son reconocidos y tutelados, florece también la creatividad y el ingenio, y la personalidad humana puede desplegar sus múltiples iniciativas en favor del bien común». Pero «observando con atención nuestras sociedades contemporáneas, encontramos numerosas contradicciones que nos llevan a preguntarnos si verdaderamente la igual dignidad de todos los seres humanos, proclamada solemnemente hace 70 años, es reconocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias. En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un modelo económico basado en las ganancias, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre. Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados». ¿Qué dice esto acerca de la igualdad de derechos fundada en la misma dignidad humana?

23. De modo semejante, la organización de las sociedades en todo el mundo todavía está lejos de reflejar con claridad que las mujeres tienen exactamente la misma dignidad e idénticos derechos que los varones. Se afirma algo con las palabras, pero las decisiones y la realidad gritan otro mensaje. Es un hecho que «doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos».

24. Reconozcamos igualmente que, «a pesar de que la comunidad internacional ha adoptado diversos acuerdos para poner fin a la esclavitud en todas sus formas, y ha dispuesto varias estrategias para combatir este fenómeno, todavía hay millones de personas —niños, hombres y mujeres de todas las edades— privados de su libertad y

obligados a vivir en condiciones similares a la esclavitud. [...] Hoy como ayer, en la raíz de la esclavitud se encuentra una concepción de la persona humana que admite que pueda ser tratada como un objeto. [...] La persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, queda privada de la libertad, mercantilizada, reducida a ser propiedad de otro, con la fuerza, el engaño o la constricción física o psicológica; es tratada como un medio y no como un fin». Las redes criminales «utilizan hábilmente las modernas tecnologías informáticas para embaucar a jóvenes y niños en todas las partes del mundo». La aberración no tiene límites cuando se somete a mujeres, luego forzadas a abortar. Un acto abominable que llega incluso al secuestro con el fin de vender sus órganos. Esto convierte a la trata de personas y a otras formas actuales de esclavitud en un problema mundial que necesita ser tomado en serio por la humanidad en su conjunto, porque «como las organizaciones criminales utilizan redes globales para lograr sus objetivos, la acción para derrotar a este fenómeno requiere un esfuerzo conjunto y también global por parte de los diferentes agentes que conforman la sociedad».

Conflicto y miedo

25. Guerras, atentados, persecuciones por motivos raciales o religiosos, y tantas afrentas contra la dignidad humana se juzgan de diversas maneras según convengan o no a determinados intereses, fundamentalmente económicos. Lo que es verdad cuando conviene a un poderoso deja de serlo cuando ya no le beneficia. Estas situaciones de violencia van «multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de la que podría llamar una “tercera guerra mundial en etapas”».

26. Esto no llama la atención si advertimos la ausencia de horizontes que nos congreguen, porque en toda guerra lo que aparece en ruinas es «el mismo proyecto de fraternidad, inscrito en la vocación de la familia humana», por lo que «cualquier situación de amenaza alimenta la desconfianza y el repliegue». Así, nuestro mundo avanza en una dicotomía sin sentido con la pretensión de «garantizar la estabilidad y la paz en base a una falsa seguridad sustentada por una mentalidad de miedo y desconfianza».

27. Paradójicamente, hay miedos ancestrales que no han sido superados por el desarrollo tecnológico; es más, han sabido esconderse y potenciarse detrás de nuevas tecnologías. Aun hoy, detrás de la muralla de la antigua ciudad está el abismo, el territorio de lo desconocido, el desierto. Lo que proceda de allí no es confiable porque no es conocido, no es familiar, no pertenece a la aldea. Es el territorio de lo “bárbaro”, del cual hay que defenderse a costa de lo que sea. Por consiguiente, se crean nuevas barreras para la autopreservación, de manera que deja de existir el mundo y únicamente existe “mi” mundo, hasta el punto de que muchos dejan de ser considerados seres humanos con una dignidad inalienable y pasan a ser sólo “ellos”. Reaparece «la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra para evitar este encuentro con otras culturas, con otras personas. Y cualquiera que levante un muro, quien construya un muro, terminará siendo un esclavo dentro de los muros que ha construido, sin horizontes. Porque le falta esta alteridad».

28. La soledad, los miedos y la inseguridad de tantas personas que se sienten abandonadas por el sistema, hacen que se vaya creando un terreno fértil para las mafias. Porque ellas se afirman presentándose como “protectoras” de los olvidados, muchas veces a través de diversas ayudas, mientras persiguen sus intereses criminales. Hay una pedagogía típicamente mafiosa que, con una falsa mística comunitaria, crea lazos de dependencia y de subordinación de los que es muy difícil liberarse.

Globalización y progreso sin un rumbo común

29. Con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb no ignoramos los avances positivos que se dieron en la ciencia, la tecnología, la medicina, la industria y el bienestar, sobre todo en los países desarrollados. No obstante, «subrayamos que, junto a tales progresos históricos, grandes y valiosos, se constata un deterioro de la ética, que condiciona la acción internacional, y un debilitamiento de los valores espirituales y del sentido de responsabilidad. Todo eso contribuye a que se difunda una sensación general de frustración, de soledad y de desesperación. [...] Nacen focos de tensión y se acumulan armas y municiones, en una situación mundial dominada por la incertidumbre, la desilusión y el miedo al futuro y controlada por intereses económicos miopes». También señalamos «las fuertes crisis políticas, la injusticia y la falta de una distribución equitativa de los recursos naturales. [...] Con respecto a las crisis que llevan a la muerte a millones de niños, reducidos ya a esqueletos humanos —a causa de la pobreza y del hambre—, reina un silencio internacional inaceptable». Ante este panorama, si bien nos cautivan muchos avances, no advertimos un rumbo realmente humano.

30. En el mundo actual los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas. Vemos cómo impera una indiferencia cómoda, fría y globalizada, hija de una profunda desilusión que se esconde detrás del engaño de una ilusión: creer que podemos ser todopoderosos y olvidar que estamos todos en la misma barca. Este desengaño que deja atrás los grandes valores fraternos lleva «a una especie de cinismo. Esta es la tentación que nosotros tenemos delante, si vamos por este camino de la desilusión o de la decepción. [...] El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro. El aislamiento, no; cercanía, sí. Cultura del enfrentamiento, no; cultura del encuentro, sí».

31. En este mundo que corre sin un rumbo común, se respira una atmósfera donde «la distancia entre la obsesión por el propio bienestar y la felicidad compartida de la humanidad se amplía hasta tal punto que da la impresión de que se está produciendo un verdadero cisma entre el individuo y la comunidad humana. [...] Porque una cosa es sentirse obligados a vivir juntos, y otra muy diferente es apreciar la riqueza y la belleza de las semillas de la vida en común que hay que buscar y cultivar juntos». Avanza la tecnología sin pausa, pero «¡qué bonito sería si al crecimiento de las innovaciones científicas y tecnológicas correspondiera también una equidad y una inclusión social cada vez mayores! ¡Qué bonito sería que a medida que descubrimos

nuevos planetas lejanos, volviéramos a descubrir las necesidades del hermano o de la hermana en órbita alrededor de mí!».

Las pandemias y otros flagelos de la historia

32. Es verdad que una tragedia global como la pandemia de Covid-19 despertó durante un tiempo la consciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos. Por eso dije que «la tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. [...] Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa bendita pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos».

33. El mundo avanzaba de manera implacable hacia una economía que, utilizando los avances tecnológicos, procuraba reducir los “costos humanos”, y algunos pretendían hacernos creer que bastaba la libertad de mercado para que todo estuviera asegurado. Pero el golpe duro e inesperado de esta pandemia fuera de control obligó por la fuerza a volver a pensar en los seres humanos, en todos, más que en el beneficio de algunos. Hoy podemos reconocer que «nos hemos alimentado con sueños de esplendor y grandeza y hemos terminado comiendo distracción, encierro y soledad; nos hemos empachado de conexiones y hemos perdido el sabor de la fraternidad. Hemos buscado el resultado rápido y seguro y nos vemos abrumados por la impaciencia y la ansiedad. Presos de la virtualidad hemos perdido el gusto y el sabor de la realidad». El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia.

34. Si todo está conectado, es difícil pensar que este desastre mundial no tenga relación con nuestro modo de enfrentar la realidad, pretendiendo ser señores absolutos de la propia vida y de todo lo que existe. No quiero decir que se trata de una suerte de castigo divino. Tampoco bastaría afirmar que el daño causado a la naturaleza termina cobrándose nuestros atropellos. Es la realidad misma que gime y se rebela. Viene a la mente el célebre verso del poeta Virgilio que evoca las lágrimas de las cosas o de la historia.

35. Pero olvidamos rápidamente las lecciones de la historia, «maestra de vida». Pasada la crisis sanitaria, la peor reacción sería la de caer aún más en una fiebre consumista y en nuevas formas de autopreservación egoísta. Ojalá que al final ya no estén “los otros”, sino sólo un “nosotros”. Ojalá no se trate de otro episodio severo de la historia del que no hayamos sido capaces de aprender. Ojalá no nos olvidemos de los ancianos que murieron por falta de respiradores, en parte como resultado de sistemas de salud desmantelados año tras año. Ojalá que tanto dolor no sea inútil, que demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y

nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado.

36. Si no logramos recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y de solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes, la ilusión global que nos engaña se caerá ruinosamente y dejará a muchos a merced de la náusea y el vacío. Además, no se debería ignorar ingenuamente que «la obsesión por un estilo de vida consumista, sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca»[35]. El “sálvese quien pueda” se traducirá rápidamente en el “todos contra todos”, y eso será peor que una pandemia.

Esperanza

54. A pesar de estas sombras densas que no conviene ignorar, en las próximas páginas quiero hacerme eco de tantos caminos de esperanza. Porque Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien. La reciente pandemia nos permitió rescatar y valorizar a tantos compañeros y compañeras de viaje que, en el miedo, reaccionaron donando la propia vida. Fuimos capaces de reconocer cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes que, sin lugar a dudas, escribieron los acontecimientos decisivos de nuestra historia compartida: médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, empleados de los supermercados, personal de limpieza, cuidadores, transportistas, hombres y mujeres que trabajan para proporcionar servicios esenciales y seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas... comprendieron que nadie se salva solo.

55. Invito a la esperanza, que «nos habla de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. [...] La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna». Caminemos en esperanza.

La solana

*Humanización y relación*²²

José Carlos Bermejo

Confieso que cada vez siento mayor incomodidad al constatar que, en diferentes contextos de reflexión, se tiende a equiparar la humanización con el trato cálido, acogedor, en las relaciones asistenciales. Casi como si lo más genuinamente humano estuviera en estas cualidades de las relaciones de ayuda.

Hablar de humanización, en cambio, es mucho más comprometedor: reclama la dignidad intrínseca de todo ser humano y los derechos que de ella derivan.

En proceso de humanización

Fácilmente se tiende a describir el fenómeno de la deshumanización de la práctica sanitaria asociado al desarrollo tecnológico y a la despersonalización. Si por un lado parece fácil adherirse a la lamentación por este proceso, no parece tan fácil, por otro lado, definir, aclarar, profundizar, sobre el significado de una seria humanización del mundo de la salud, siendo así que es el problema bioético fundamental.

A mi juicio, vivimos en una sociedad más humana respecto a la del pasado. Vivimos en un momento de la historia en el que la dignidad de la vida humana está más considerada, a la vez que grandemente violada.

El Diccionario del Uso del Español de María Moliner, dice que humanizar es una palabra moderna que ha sustituido a humanar, es recogido como: “Hacer una cosa más humana, menos cruel, menos dura para los hombres”. Hablar de humanizar algunos ambientes supone partir de una idea: cómo debería vivir el ser humano para realizarse plenamente como tal.

Humanizar una realidad significa hacerla digna de la persona humana, es decir, coherente con los valores que percibe como peculiares e inalienables, hacerla coherente con lo que permite dar un significado a la existencia humana, todo lo que le permite ser verdadera persona.

²² Artículo de 2017.

Ser rico en humanidad consiste en restituir la plena dignidad y la igualdad de derechos a cualquier persona que se vea en dificultades y no pueda participar plenamente en la vida social. La riqueza de humanidad es un compromiso con las capas débiles y los sujetos frágiles, que finalmente configura la propia personalidad. Quien tiene la cualidad de la humanidad mira, siente, ama y sueña de una manera especial. La riqueza de humanidad transforma y cualifica la propia sensibilidad personal: no mira para poseer, sino para compartir la mirada; y, en lugar de creer que el individualismo posesivo es la última palabra, piensa que solo la sociedad cooperativa, convivencial y participativa es digna de ser deseada.

Humanizar: desafío ético

La conocida segunda formulación del principio categórico de Kant es evocada como “principio de humanidad”. Dice así: “Obra como si la máxima de tu acción debiera convertirse, por tu voluntad, en ley universal de la naturaleza”.

La pre-ocupación por el otro vulnerable constituye la fuerza motora de la humanización. Ya no solo es ocuparse de él aquí y ahora, sino anticipar esta ocupación, pensar en él, prever sus necesidades; en definitiva, ocuparse con antelación y esto es, precisamente, preocuparse. Esta preocupación por el otro puede articularse de una doble manera: el cuidado competente y el cuidado personal. Gabriel Marcel diría que “lo humano no es verdaderamente humano más que allí donde está sostenido por la armadura incorruptible de lo sagrado. Si falta esta armadura se descompone y perece”.

En los ambientes de salud se habla más humanamente del hombre cuando los cuidados suministrados, a todos los niveles, revelan a las personas devastadas por la enfermedad física o mental, la palabra fundamental que pueda pronunciarse: “Tú eres una persona”. Decir esta palabra que “humaniza”, que da “significado” a un ser fácilmente condenado a la insignificancia, compromete a la comunidad no solo a nivel teórico, sino también y en primer lugar a nivel de las actitudes de fondo.

La humanización a introducir en la práctica sanitaria es más radical que la simple recuperación de los aspectos filantrópicos que hay que tener en cuenta, o que la cualificación de las relaciones profesionales, va más allá de la competencia profesional en la relación con el enfermo y la familia.

Un primer aspecto humanizador de la salud se centra en el respeto a la unicidad de cada persona. Cada persona es irrepetible, no puede ser generalizada, y responde con un estilo propio a las crisis de la vida. El peligro es que todo el tiempo sea absorbido por la enfermedad y que no quede nada para las personas. En segundo lugar, el contacto debe intentar reconocer el protagonismo de los pacientes y familiares en los procesos de salud. Para convertirse en protagonista, el enfermo debe ser ayudado a comprender su situación con una información clara y precisa. Además, para poder asumir responsabilidades, el enfermo tiene derecho a conocer las opciones terapéuticas disponibles; de lo contrario, solo desempeñará un papel pasivo de dependencia.

La calidad de vida nos hace referir la vida, verla de manera comparativa consigo misma en otras circunstancias o con otros. Por eso, humanizar las relaciones es parte del principio de responsabilidad al que se refiere Hans Jonas.

La responsabilidad ha de extenderse a todos los seres humanos, porque, hemos de decirlo, también los más débiles tienen el peligro de plegarse ante las dinámicas perversas que los esclavizan o que los hacen objetos, en lugar de sujetos de su propia historia. Los frágiles, los enfermos, los pobres, deben pasar de la resignación y pasividad, a la confianza en sí mismos y a la colaboración solidaria en el camino a la salud. El individualismo puede ser también en ellos el peor enemigo para su sanación. Todos los hombres y mujeres, todos los pueblos, sanos y enfermos, incluidos los más débiles, tienen derecho a ser sujetos activos y responsables en el desarrollo de sí mismos y de la creación entera.

Humanizar la vida cuando esta se presenta en situaciones de precariedad significa, ante todo, comprometerse por erradicar las injusticias, sus causas y sus consecuencias, las condiciones no saludables –en cualquiera de las dimensiones de la persona- de vivir los límites de la naturaleza, responsabilizándose al máximo de la propia historia y de la de los semejantes.

En el mundo de la acción social y de la salud, donde nos encontramos con la dignidad humana que nos interpela presentándonos vulnerable y precaria, la humanización consistirá en promover al máximo la responsabilidad en los procesos de integración y de salud, evitando que las relaciones de ayuda se conviertan en intervenciones paternalistas y sustitutorias allí donde la responsabilidad del individuo pueda participar –en mayor o menor medida- en la lucha por la dignidad no solo como algo debido, sino también como algo conquistado.

De ahí que haya tantas situaciones que denunciar y que interpelan las relaciones interpersonales en la práctica sanitaria necesitada de humanización no solo en clave de cordialidad y ternura, sino en clave de verdadero respeto de los derechos de todos los seres humanos en virtud de su dignidad. Hablar de humanización es también hablar de derechos. Sin duda, también el derecho a una relación de ayuda adecuada a la situación de cada uno.

Quizás sea ésta la tarea fundamental del hombre. La de tender hacia ser realmente persona, persona en relación, capaz de encontrarse con los demás en la vulnerabilidad y acompañarles a ser personas también en medio de la “estación oscura de la vida”.

► Educación

Educar en épocas de aceleración e innovación²³

Carlos Skliar²⁴

Introducción

Las ideas de *época* y de *procesos formativos* van de la mano, a veces de un modo explícito, transparente, directo (a una época determinada le corresponde una concepción formativa específica), y otras veces de modo caótico y desordenado. En estos tiempos en que buena parte de los estudios del campo de la filosofía y de la política sugieren que habitamos una época de aceleración, pura innovación y comunicación efectiva y eficaz, valdría la pena detenerse a pensar si los conceptos de formación deben o no acompañar o reflejar tales atributos.

De hecho, en cada época hay un susurro, un murmullo, un grito o un aullido que cuenta la experiencia singular de los individuos con su tiempo, con el tiempo que pasa y con el tiempo que les pasa. Experimentos cronológicos del tiempo con los cuerpos y las experiencias subjetivas de los cuerpos con el tiempo.

Cada época sugiere nombres o metáforas para ser narrada, modos de escribir o leer sobre las alegrías y latigazos en la espalda donde se tallan los padecimientos y las bienaventuranzas individuales; formas puntuales de conversación, de expresión oral, escrita y leída, de comunicación, y también figuras extremas de silenciamiento, de presidios o de liberación y rebelión.

A cada época le corresponde un modo peculiar, plural y multiforme de decirse y desdecirse. Las épocas no son otra cosa, al fin y al cabo, que esfuerzos desmesurados por percibir la relación con el mundo y de vivir en éste, como se pueda o como se quiera –según la buena o mala suerte que se nos asigne o se presuma– en la experiencia de una duración del tiempo que siempre resultará incógnita.

La cuestión está en saber, entonces, si existe la capacidad –o la virtud, o la creencia– de encontrar un sentido al mundo y a la existencia, si podemos o no abandonarnos y

²³ Selección del artículo publicado en la revista *Nómadas*, núm. 49 (octubre de 2018).

²⁴ Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Argentina.

ahondarnos en éste, o si la incapacidad está definida y determinada por su propio sinsentido.

Si vivir supone saber qué es la vida presente, si habitar un mundo es saber qué es el mundo actual y qué hacer con éste, resta saber si es posible nutrirnos de otra época –o de más de una época–, alejarnos de las fronteras estrechas que se nos asignan, para ser así seres contemporáneos tan ávidos como sufrientes como los de otros tiempos.

Aceleración, innovación, comunicación eficaz

Lejos de nosotros, inaudibles o incomprensibles, han quedado las innúmeras ideas de temporalidad que las ciencias y las artes han puesto y repuesto para pensar cada época, ahora en apariencia insustanciales, para advertir las rarísimas turbulencias del presente y tomar distancia de éstas: ni la continuidad o la discontinuidad, ni la unicidad o la disyunción, ni el espasmo o la meseta, ni las líneas o las espirales. Ninguna imagen parece acercarse siquiera a componer con nitidez el cuadro de la velocidad y la urgencia en el que vivimos; la velocidad es tanta que lo dicho no permanece, las palabras que describen la celeridad se han vuelto evanescentes, ningún concepto parece alcanzar y apresar el movimiento continuamente disparatado, todo impide la pausa, hace zozobrar la calma, exige no perder el tiempo y destruye la maravillosa utilidad de lo inútil.

Y es que quizá a diferencia de otras épocas, ésta carga con el significado de una transición especulativa cuya conclusión parece estar fuera del alcance de nuestro entendimiento: una suerte de infinitos paréntesis, uno dentro del otro, acude ingenuamente a nuestra ilusión de pensar el tiempo que nos toca vivir, cuyos objetos y espacios a punto de culminar se presentan otra vez bajo la lógica de la novedad, y la novedad se traviste de actualidad, y la actualidad está disfrazada de información, y la información se disgrega y evapora apenas suelta, conocida e identificada.

La aceleración por sí misma es el motivo que inspira a crear una fuente inagotable de ideas sobre un individuo abundante-carente actual, el tiempo saturado de trabajo o falta de trabajo en el que vivimos, la ilusión-desilusión de conectividad-comunicación, y sobre cómo adaptarnos a todo ello bajo una atmósfera de curiosa y contradictoria felicidad que nos es requerida desde las pantallas y las marquesinas.

De la falta o frustración de realización hemos pasado a la imposición de una autorrealización en la que sólo sobreviven aquellos capaces de ser emprendedores de sí mismos –y ya incapaces de *epojé*–, creando un tendal de individuos desorientados, enfermos y somnolientos que no alcanzan la velocidad del tiempo exigido para ser seres de época.

Ya no hay posibilidad de recluirse sino, algo bien distinto, de ni siquiera ser expulsados y refugiados fuera de la rueda, como si en vez de individuos alienados se tratara ahora de seres que sólo pueden ser una mera continuidad de sí mismos: “Cuando falta la intermediación, el conjunto avasalla al individuo. El poder tiene que recurrir aquí a prohibiciones o a mandatos. En tal caso, el conjunto se continúa en el individuo solo por medio de la coerción. Por el contrario, con una intermediación intensa se produce

una formación de continuidad sin coerción, pues el individuo experimenta el conjunto como si fuera su destinación propia”.

La aceleración del tiempo, la aceleración humana del hámster o la *hamsterización* de lo humano, esa designación de temporalidad que se vuelve metáfora cruda, casi despojada de atributos, una metáfora literal si se nos permite la expresión contradictoria: la prisa, la urgencia, la ocupación del tiempo, son apenas detalles de un tiempo apurado que se nos presenta, en el mejor de los casos, como compensación al cansancio, y fundamentalmente, como el remedio a la mala pereza y a la maldita pérdida del tiempo, pues lo que vale, lo único que tiene valor en sí, es la aceleración por sí misma.

Un tiempo voraz que determina, desde la niñez misma, el imperativo rápido hacia un estado de supuesta realización autopersonal, condenando a los individuos al esfuerzo y al sacrificio, aunque matizada siempre con una extraña sonrisa congelada.

El escenario de la aceleración puede describirse del siguiente modo: una flecha sinsentido, cuya dirección apunta hacia un estado de lucidez o luminosidad permanente, atento, focalizado, puntual, que no pierde tiempo en acciones o gestos desprovistos de provecho o utilidad, y a través del cual ya no cuenta tanto el consumo o la productividad –pero cuyo valor sigue estando activo–, sino más bien en el carácter comunicativo de los objetos preciados. Y es que ya no alcanza con comprar o consumir la novedad, hay que consumir y comprar una novedad que, a su vez, comunica permanentemente.

La estrategia es sutil pero al mismo tiempo evidente: el consumo provoca un cierto grado de satisfacción y, por lo tanto, acaba en un determinado punto como deseo; pero la comunicación sobre el consumo permanece y continúa, no finaliza con la compra ni el consumo del objeto nuevo, nunca se acaba. Se trata de una temporalidad absoluta, sin piedad para con los débiles, que no perdona la fragilidad, y en la cual todo reposo o descanso se vuelve superfluo o, para mejor decir, inconveniente. No hace falta dormir, menos descansar y ni siquiera es apropiado soñar.

La línea habitual que distinguía con nitidez el tiempo alternado entre el trabajo y el tiempo de no trabajo se diluye hasta desaparecer. El trabajo lo es todo, siempre, como lo afirma Crary: “En relación con el trabajo, propone como posible e, incluso, normal, la idea de trabajar sin pausa, sin límites. Está en la línea con lo que es inanimado, inerte o lo que no envejece”. Lo normal o habitual sería, entonces, erradicar las pausas, apartar lo frágil, estar atentos todo el tiempo –y, para ello, servirse de la inmensa variación de medicamentos disponibles para tal fin–, trabajar como única forma de autorrealización, aunque ello no sea posible –ni muchas veces deseable–.

El sueño, o la ensoñación, ya no sería ni compensatorio de las actividades del día, no cumpliría con las funciones de recuperación de la energía desgastada o malgastada por el trabajo, menos un hecho natural. Ya no vivimos siquiera en una época de *on-off* (encendido-apagado) sino, a semejanza de las máquinas, un tiempo de *sleep mode*: “La idea de un aparato en un estado de reposo pero todavía alerta transforma el sentido más amplio del sueño en una condición en la cual la operatividad y el acceso están simplemente diferidos o disminuidos. Se sustituye la lógica del apagado-encendido, de manera tal que nada está del todo “apagado” y no hay nunca un estado real de descanso”.

Pues la desaceleración ya no parece ser suficiente, ni tampoco una cierta lentitud complaciente sería la respuesta. Ni siquiera el rechazo a la urgencia en términos de confrontación u oposición que deja de lado la militancia de otro tiempo igualmente desahogado, de prisa. Porque la desaceleración es una utopía vacía, cansada y exhausta, un límite que tiene que ver más bien con los ciclos de vida y no con los avatares coyunturales del mundo. La lentitud se arroga a sí misma un ritmo menor pero siempre presente en el interior de la misma trayectoria y siguiendo idéntico camino, porque responder con prisa es una vociferación mediática que no hace más que duplicar el abismo y reduplicarnos a nosotros mismos.

La única rebelión que pareciera ser capaz de quitarse de la aceleración sería, tal vez, el salirse del tiempo, del tiempo utilitario, el quitarse de la agonía impracticable de la autorrealización, abandonar la orgía de ruidos constantes para crear, así, infinitos instantes de otro tiempo, uno en apariencia inútil, sin provecho, un devenir porque sí, para nada, detenido, sin novedades a la vista. La novedad es aquello que entierra lo recién presente en un pasado brumoso, amnésico. Lo que acaba de suceder o se transforma en suceso rápidamente difundido o se hunde en el pantano borroso de lo que ya pasó y es pasado lejano, inaccesible a la mente o sólo disponible en los motores de búsqueda.

Para escabullirse de la velocidad hay que aventurarse a enfrentar el tiempo mismo: detener su curso. Esto sólo puede lograrse mediante el instante, una experiencia que consiste en la suspensión del flujo temporal. El instante es un no-tiempo: un parpadeo durante el cual sentimos que los minutos y las horas no transcurren. Es un tiempo fuera del tiempo.

Detención, pereza y tiempo libre

Frente al repetido panorama del hartazgo, el trabajo no formativo, la ilusión de comunicación-conexión efectiva y efectista a toda hora, la productividad de las veinticuatro horas siete días a la semana, no parecen haber muchas opciones de rebeldía o de sobrevida: el tiempo no solamente corre, atropella y mata enseguida; los carentes suelen desear la abundancia y los abundantes mayor abundancia; la lentitud insiste en recuperar su aliento de aceleración; las pantallas ganan la batalla del predominio audiovisual efímero por sobre la narración imperecedera.

Los niños suelen crecer a toda prisa, la adultización ocurre cada vez más rápido, y los adultos se dejan seducir por la juvenilización triunfante. No hay diferencias, sino una igualdad congelada, como un témpano hundido en un mar siempre oscuro: cuerpos, vestimentas, tecnologías se comparten entre generaciones y no existe casi controversia ni alteridad; la aceleración ha reunido a las familias en torno de la conectividad y los centros comerciales, o las abandona, disgregando comunidades enteras, en los suburbios cargados de miseria y de publicidades humillantes e hipócritas.

Sin embargo, podemos preguntarnos largamente: ¿se narra aquí la propiedad que pertenece intrínsecamente a una época, o se narra la relación de una forma de sujeto particular con su tiempo? ¿Se describe el modo en que un tiempo pasa –duración, medición– o bien aquello que pasa dentro del tiempo, su experiencia, es decir, la

temporalidad—su transcurrir, su devenir—? ¿Es la desaceleración un tiempo de descanso, tiempo de creación, de pensamiento, o simplemente tiempo excedente, sobrante, de fatiga, de cansancio? ¿Tiempo íntimo, privado, o tiempo político, público? ¿Y puede acaso comprenderse el ansiado tiempo libre fuera de la oposición con su aliado y enemigo constante: el tiempo del trabajo?

No se trata tanto del detalle de una evolución histórica del concepto de *tiempo*, sino intentar comprender el pasaje por ese umbral álgido de la vida entre tiempo libre y tiempo de trabajo; para decirlo de otro modo: la posibilidad o no de optar, todavía, por disponer de más tiempo libre para la formación—de cuerpo y alma—, en oposición a asumir más y más horas de trabajo; tomar o no alguna decisión a propósito de si venimos al mundo para sufrir o para recrearnos.

Exactamente de estas cuestiones trata el primer párrafo con el que comienza *Le droit a la paresse* (*El derecho a la pereza*) escrito en 1880 por Paul Laforgue, una refutación contra el derecho al trabajo, que apareció por primera vez en el semanario *Egalité*, y que fue reeditado en 1883. En ese texto Laforgue, yerno de Marx, ataca con furia a la nueva moral capitalista, acusándola de haber renegado de los pensadores franceses y del paganismo, obligando con su prédica a los obreros a abstenerse de todo deseo de cuerpo y espíritu; esa moral capitalista que es: “Lamentable parodia de la moral cristiana, anatematiza la carne del trabajador; su ideal consiste en reducir al mínimo las necesidades del productor, en suprimir sus placeres y sus pasiones, y en condenarle al papel de máquina que realiza un trabajo sin tregua ni piedad”.

El manifiesto de Laforgue —precedido por aquella conocida frase de Lessing: “Somos perezosos en todo, excepto en amar y en beber, excepto en ser perezosos”— indica un camino para contrarrestar al monstruo capitalista naciente, que no es otro que el desvendar la hipocresía de una época que ve en la tierra, en el mundo, un simple y mortuorio valle de lágrimas de los trabajadores; una clase obrera impedida de dar rienda suelta a sus buenas pasiones y sometida a la atroz necesidad de trabajar y trabajar, casi sin pausas ni respiro, inoculada por una suerte de extraña locura: el amor al trabajo. Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras de las naciones en las que reina la civilización capitalista. Esa locura es responsable de las miserias individuales y sociales que desde hace dos siglos torturan a la triste humanidad. Esa locura consiste en el amor al trabajo, en la pasión furibunda por el trabajo, que lleva hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y su prole [...]. En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de todas las degeneraciones intelectuales, de todas las deformaciones orgánicas”.

Laforgue llama la atención sobre la aparente decisión del proletariado de exigir más trabajo, para ellos y para sus familias, enclaustrándose cada vez más tiempo en esos talleres modernos tan parecidos a los correccionales, por una suerte de neoesclavitud en apariencia originada en sus mismos reclamos y para su propia satisfacción.

El gran triunfo del capitalismo de entonces, la gran locura, consistió en hacer creer al proletariado que aquello que de verdad deseada no era la dicha —o el pensamiento, o la diversión, o las festividades, o el trabajar menos, o el tiempo libre, o la lectura—sino la condena misma al trabajo; su manifiesto es la expresión agónica de quien comprende que es urgente otra vida, otro hogar, otra familia, en fin, otra sociedad, porque aquella,

por la que han luchado, ya está destruida y exánime. Han demolido con sus propias manos su hogar doméstico. Han agotado con sus propias manos la leche de sus mujeres; las desdichadas, embarazadas y amamantando a sus bebés, han tenido que ir a las minas y a las manufacturas a doblar el espinazo y agotar sus nervios. Han destrozado con sus propias manos la vida y el vigor de sus hijos. ¡Qué vergüenza para los proletarios!

Laforgue se pregunta por todo lo perdido en nombre de la locura del trabajo, de esa enfermedad que deja a la gente completamente agotada y que arruina lo mejor de la vida, y aquello perdido no es otra cosa que la conversación osada, la buena bebida, la narración de fábulas y cuentos, los hijos sanos y vigorosos alumbrados por mujeres audaces que andaban por el mundo canturreando.

En vez de ello, por entonces no se encontraba más que niños enclenques que trabajaban por doce horas o más, mujeres alucinadas y ojerosas con el estómago arruinado y sin dicha, hombres taciturnos con sus “miembros lánguidos”. Nada peor podría haberse inventado, ningún experimento podría ser tan insultante. Un vicio más embrutecedor para la inteligencia de los niños, más corruptor de sus instintos y más destructor de su organismo que el trabajo en el ambiente viciado del taller capitalista. De nuestra época se dice que es el siglo del trabajo y es, en efecto, el siglo del dolor, la miseria y la corrupción.

La respuesta a ese dolor, la contestación a la miseria y al confinamiento de los trabajadores a un tiempo forzado de labor surge en la palabra *pereza*, de la cual Laforgue extrae su sentido más griego, más formativo y pedagógico. Habría—dice—que revolucionar la propia exigencia del proletariado, instándolos a batallar por el tiempo libre, ni de producción ni de consumo, alejándose de las fórmulas perversas e infrahumanas de la fabricación excesiva y la sujeción a las mercancías. Matar el tiempo que nos mata, bajo el régimen de la pereza.

Dirigir el tiempo hacia la pereza, no hacia el trabajo ni hacia la prisa. Hacer que el tiempo libre libere el tiempo de la ocupación febril y fabril, para hacerse un tiempo liberado, tiempo detenido, sin urgencias. Tal como lo afirmaba Nietzsche al final de su prólogo a la *Genealogía de la moral*: “No escribir de otra cosa más que de aquello que podría desesperar a los hombres que se apresuran”.

Escuela, *scholé*

Escribe Rancière: “Pero no hay tampoco verdadero retrato del trabajador que no se sustraiga enseguida, que no se involucre, por el poder mismo conferido a la imagen identificadora, en esa espiral que va de la insignificancia de los jeroglíficos del niño a los sueños adultos de otra vida. Cuestión de identidad, cuestión de imagen, relación de lo Mismo y de lo Otro donde se juega y se disimula la cuestión de la conservación o transgresión de la barrera que separa a los que piensan de los que trabajan con sus manos”.

Otra vida, sí, que no permanezca atrapada en un constante agotamiento por la conservación de lo poco que queda, y ya no dura. Otra vida, pues, que transgreda la época,

pero no ya para el individuo aislado, sino para cada uno, para cualquiera. El silencio, la soledad, el tiempo libre, la pereza, el arte en general, y también la lectura. Inutilidades, banalidades e incluso futilidades para un mundo que se destruye a sí mismo, en el límite del barullo, el tumulto, el agotamiento, la tecnología como único modo de progreso, el conocimiento sólo lucrativo.

El silencio puede ser visto como el reverso de la identidad que todo el tiempo está obligada a definirse, explicarse a sí misma y expresarse. En una época en la cual la identidad es exigida y expuesta a cada segundo, hacer silencio puede ser toda una rebelión.

La soledad es melosa, es una tela de araña, un estado somnoliento, onírico. Alguien está y no está en el mundo, tiene la virtud del desapego pero su límite es, tal vez, la indiferencia, la excesiva inclinación hacia uno mismo que confunde soledad con identidad. El ser solitario es, así, una persona sospechosa, porque está fuera del control, de la visibilidad, de la regulación. ¿Qué estará haciendo el solitario? ¿Cómo puede ser que goce o padezca sin estar presente, con la anuencia de lo comunicado y fuera del tiempo ocupado?

La pereza es una disposición sensible que rehúye del relato atolondrado de la ocupación perenne del tiempo; abre el tiempo en su lugar más álgido: el del provecho, para ponerlo en cuestión, para confirmar su sinsentido, para desnudarlo en su apariencia tiránica y despótica, y hallar los orificios por donde el imperativo del mundo se diluye y la vida descansa o se serena. Como lo expresa Barthes: Es probable que ahora la pereza consista, no en hacer nada, puesto que somos incapaces de ello, sino en cortar el tiempo lo más seguido que sea posible, diversificarlo [...]. Esa sería la verdadera pereza. Llegar en ciertos momentos a no tener que decir “yo” [...]. La verdadera pereza sería en el fondo una pereza de “no decidir”, del “estar allí”.

Para hacer silencio, estar en intimidad o soledad, habitar la pereza, se requiere del tiempo libre, del artificio del escapismo y del arte de un escapista: la interrupción llega, más tarde o más temprano, a vulnerar esas zonas hondas y frágiles del ensimismamiento. Como bien se sabe en la Grecia clásica era corriente calificar el tiempo libre como fundamentalmente contemplativo y creador, liberado y sin ninguna referencia al trabajo, tiempo desocupado de toda y cualquier tarea o responsabilidad ciudadanas, en fin, una temporalidad sin otra finalidad que el cultivar el arte de la vida, la soledad, el silencio y el pensamiento.

Quizá valga la pena retratar aquí esa suerte de separación entre el ideal de vida –el tiempo libre como un fin en sí mismo, según Aristóteles– y el ideal de mundo o, para mejor decir, de una división entre la libertad vital y la esclavitud laboral, entendida como una suerte de estratificación social según la cual algunos gozarían del tiempo liberado y otros no. En todos los casos, *scholè* sugiere un tiempo formativo, y de allí su proximidad y resonancia con el término *escuela*.

Desde hace algunos años una idea ronda por las escuelas, a veces de una forma nítida pero generalmente difusa, imprecisa, fragmentaria, y se esfuma delante de un tiempo urgente y negligente caracterizado por las formas que ha asumido el trabajo en las

últimas décadas, ese trabajo que exige que seamos útiles, pragmáticos y provechosos y que hagamos todo rápido, sin pausas, desenfrenadamente; la idea puede ser presentada más o menos así en su propia precariedad: que la educación es, podría ser, lo ha sido por momentos, el gesto de ir contra el orden natural de las cosas.

Sin embargo, cada vez que se intenta ir más allá de la frase, cada vez que se quiere pensar esta idea, ciertos hechos impiden seguir pensándola. Tal vez porque para pensar, quizá para poder pensar el pensamiento educativo, haya que realizar un extraordinario proceso de excavación sobre las razones que han llevado a considerar la educación un hecho natural en sí y porque poco y nada se ha debatido sobre la naturalización de las figuras del profesor, del alumno, del conocimiento, del enseñar y del aprender, más allá de ciertas mejoras en su apariencia.

La impresión más fuerte que asiste al pensamiento es que la educación moderna en Occidente no ha sido otra cosa que un persistente proceso de naturalización de sí misma, de su necesidad, sus funciones, sus tareas, sus tiempos, sus espacios, sus estructuras, su organización, su arquitectura, su origen y su porvenir: como si educar fuera un hecho que por sí mismo exime de mayores reflexiones; ya está dado, su necesidad es indiscutible y toda duda al respecto forma parte de la fragilidad o necesidad intelectual.

El pensamiento que piensa la educación es por lo menos complejo, contradictorio, y aún nos debemos un debate serio en ese sentido: es un pensamiento que se ve forzado una y otra vez a tener que pensar, a la vez, como ya mencioné antes, al individuo, al Estado y a la nación; a la individualidad y a la comunidad; a las edades, las cronologías, las generaciones; a la sociedad y a la singularidad; al mundo y a la vida; al currículo, a las didácticas, a las evaluaciones; al juego y al trabajo; al niño, al joven, al adulto y al anciano; a la homogeneidad y a la diversidad; a la cultura, a lo universal y a lo particular, etcétera.

Pero no sólo es complejo y contradictorio por la variedad y cantidad de problemas “naturales” que lo componen, sino, además, por el insistente mecanismo de cambio, también naturalizado en su propia fisonomía y lógica, que por momentos lo vuelve nómada de sí mismo y otras veces totalmente sedentario de sí. Y, además, aún restaría el problema de intentar establecer en qué lengua se expresaría ese pensamiento que piensa la educación, si es que por acaso exista un lenguaje de la educación, para la educación: ¿técnico, jurídico, ético, disciplinar, filosófico, estético, académico, económico, político, moral, antropológico, etcétera?

Se dejan formuladas de manera muy sencilla tres cuestiones, tres preguntas o subrayados que valdría la pena poner en juego a este respecto. La primera es si es posible afirmar que la educación tiene un lenguaje propio, común, universal, del cual aun cuando filtrado, tamizado o mediado por experiencias singulares, pueda decirse que mantiene una relación de identidad consigo mismo. La segunda proviene de la distinción entre el alegato del abogado y la apología del filósofo, ¿qué está pasando con la educación y el lenguaje del derecho, el lenguaje jurídico? ¿Qué pasa con ese encubrimiento, recubrimiento o vestidura, donde lo educativo formulado de manera jurídica “oscurece” aquello que en su propio lenguaje sigue anunciándose como destino ético? ¿Cómo hacer para que ese lenguaje educativo, cooptado por el jurídico, derive entonces hacia lo ético?

Y la tercera es una formulación muy débil: ¿será posible conversar lo educativo “con nuestras propias palabras”, aquéllas que nacen de las experiencias del afecto, que nacen de una relación? Se entiende la banalidad de esta proposición, porque conversar con nuestras propias palabras produce una cierta tentación de contar desde la posición de un “yo” que sólo relata su vivencia. Es decir, por un lado se tiene la impresión de que lo educativo se juega en poder conversar con nuestras propias palabras y que éstas nacen de la experiencia vincular, pero al mismo tiempo se nota la tibieza de la afirmación. ¿Será suficiente? ¿Alcanzará? ¿Será cuestión de soltar lo que nos pasa, de decir lo que nos pasa?

Ir contra el orden natural de las cosas

Quien enseña es aquel que va contra el orden natural de las cosas, sobre todo en esta época en que enseñar se ha vuelto una profesión técnica, una estrategia derivada de cierta forma de hacer y entender burocráticamente la política, un aliado de la falsa idea del empleo, un modo de postergar el presente para sumarse a los discursos voraces y falaces del futuro –el futuro ciudadano, el futuro trabajador, el futuro lector, el futuro padre-madre de familia– e, inclusive, una figura ahora desprestigiada y confinada a un papel de mediador entre las informaciones y los aprendizajes de los sujetos.

Ir contra el orden natural de las cosas supone, así, una cierta rebeldía, una determinada insatisfacción y un deseo por pensar de otro modo la educación: rebeldía para negarse a la hipocresía del discurso de salvación de lo educativo, insatisfacción por parecer sólo administradores de informaciones, deseo de recuperar la estética del enseñar.

Y aunque es cierto que no son éstos buenos tiempos para desnaturalizar una percepción de escuela que funciona en términos de éxitos y fracasos, la búsqueda consistiría en separar esa identidad perversa entre mundo y vida, sobre todo el mundo horroroso que naturaliza las guerras, el hambre, la miseria, la humillación, la hipocresía, para resguardar, proteger las vidas singulares que son el principio y el destino de toda educación y de toda comunidad.

Hasta hace poco tiempo se pensaba que educar significaba unir en un mismo gesto, en una misma acción, el mundo con la vida o la vida con el mundo. Pero ahora no hay seguridad sobre ello: si el mundo, o cierto mundo, o un cierto mundo emparentado con la escuela, sólo desea formar secuaces para un mundo tecnificado, si ese mundo sólo plantea un conocimiento utilitario, pues habrá que imaginar una separación que cuide las vidas y que, con ese cuidado, quizá, cree nuevas relaciones en el mundo.

No es nada fácil encontrar en la literatura pedagógica de estas épocas un espacio abierto a la multiplicidad de preguntas, dudas y perplejidades que la tarea de educar invoca y provoca en cada momento. Ocurre decir que la principal virtud de la educación es la de la detención, la pausa, hacerse un tiempo para pensar, lo que por su propia mutación ya no es tan evidente ni obvio frente a la jactancia del currículo y las didácticas como las formas nodulares y naturales de recrear y reinventar lo educativo.

Quizá una de las cuestiones más interesantes –y, por ello, la más preocupante, la más compleja– sea la de entender al educador como aquel que dona tiempo a los demás –

tiempo para pensar, para leer, para escribir, para jugar, para aprender, para preguntar, para hablar– y se da tiempo a sí mismo –para escuchar, para ser paciente, para no someterse a la lógica implacable de la urgencia por cumplir metas, finalidades, programas–.

La educación, se sabe, es una acción que involucra al tiempo de muchas maneras: en el trazado de una planificación, en las pautas evaluativas, en la duración de los ciclos o series, en la extensión de un contenido; pero también tiene que ver con el encuentro difícil, arduo, entre la infancia y la adultez, la juventud y la adultez; imágenes de edades, experiencias y generaciones que van transformándose todo el tiempo y que provocan diferentes intensidades en las prácticas pedagógicas a cada instante.

Tal vez el principal obstáculo que la idea de *detención* encuentre en el mundo de hoy es que se ha adoptado, naturalizado, una imagen de tiempo voraz, hambriento, devorador de todo y de todos. A este respecto sirve la hipérbole de la figura del educador que, nacida de los consejos de ancianos –el valor de la palabra como señal de la experiencia en el tiempo– hoy se adelgaza en un símbolo bien distinto: el *coaching* o entrenador personal.

Los ancianos, los/as abuelos/as eran la encarnación de ese relato que hacía posible, hasta hace no demasiado tiempo, transitar por el lenguaje claroscuro de la existencia y la experiencia: su figura narrativa permitía pasearse con miedo y asombro por las tinieblas de las épocas, fundar las horas entremezcladas del enseñar, el aprender, la memoria, la literatura y, en fin, ofrecer la sensación del mundo más allá de nosotros mismos, el mundo fuera, la percepción de lo ajeno y lo lejano a partir de un vínculo propio y cercano.

Como bien se sabe la idea –política y educativa– del consejo de ancianos ha sido prácticamente borrada de la faz de la tierra –aunque aún insiste en permanecer dentro de ciertos rituales de algunas tribus y en la reencarnación de esa figura fantástica de otras épocas: los cuenta-cuentos–, pues, en medio de tanta velocidad y voracidad la ancianidad no es vista más que como una alteridad de despojo, improductiva, confinada a la imagen de la desmemoria, el cuerpo insostenible, la ficción alucinatoria y la voz acallada, frente a la cual brota la impaciencia y la impotencia de los demás.

¿Es posible, en los tiempos que corren, imaginar otra formación docente, otros modos de hacer con los cuales los educadores entren en escena sin repetir esa imagen de la prisa y la urgencia? Y, aún más, ¿no hay una discusión previa al currículo y a la didáctica, o bien junto a ésta, que intente establecer con claridad la relación compleja entre tiempo y enseñanza, tiempo de enseñar y tiempo de aprender, tiempo presente y otros tiempos? Tales preguntas no tienen ni desean una respuesta rápida.

Lo anterior porque no sólo de la transmisión del mundo se trata. De un mundo siempre revuelto, siempre incógnito, siempre cambiante y, también, siempre en peligro. Es en la relación entre mundo, vida y escuela, o entre enseñanza, existencia y escuela donde aparecen las preguntas más álgidas y más interesantes.

Por ejemplo, la pregunta por la transmisión del mundo de una generación a otra en cuanto a sus efectos individuales; o la pregunta por los diferentes mundos que habitamos, al mismo tiempo, a partir de nuestras vidas distintas; o la pregunta por nuestra relación

con el mundo que afecta otras vidas; o la pregunta sobre qué haremos con el mundo, qué vida nos permite pensar y hacer el mundo y quién lo hará; o, en fin, la pregunta interminable acerca de la relación entre qué mundo/s, qué vida/s y qué escuela/s.

Se adoptará aquí la figura del enseñar como aquella que proviene de los griegos: enseñar como mostrar, como señalar, como apuntar hacia algo, como indicarlo y ofrecerlo. Mostrar, señalar, apuntar, ofrecer signos del mundo; signos dentro de una relación y, por ello, acciones de contenidos que, enseguida, se vuelven verdaderos asuntos de conversación: leer, jugar, mirar, pensar, estudiar, escribir, escuchar, percibir, imaginar, dibujar, inventar, etcétera.

Si se adopta ese sentido para el enseñar es posible que la tarea de educar también sea entendida como una responsabilidad de transmitir el mundo en forma de vidas y no dejar solos a los demás, apenas con sus propios recursos para que se les arreglen como bien o mal puedan.

Conclusiones

Este mundo de la prisa sin destino nos envejece a todos, pese a la aparente y desencajada juvenilización de los adultos, de modo más rápido y de forma más brutal que otros mundos que han existido, a excepción hecha por supuesto de los tiempos de guerra, poblaciones desplazadas, campos de concentración, aniquilamiento y exterminio: por una parte, adultizando la infancia, convirtiéndola en cómplice de la sobreabundancia de objetos sin importancia o de su carencia absoluta y, por otro lado, forzándonos a los adultos a desprendernos de toda sensibilidad por lo contemporáneo, sujetándonos así a la vida estrecha de lo actual, la vida de lo más reciente, de lo último o anteúltimo, de la novedad, el grito de la moda, ese grito absolutamente distinto al de Münch que aún perdura como la expresión de la angustia existencial y de lo insoportable que resulta la soledad en la civilización occidental. Este giro de la vida se ha vuelto dramático, por varias razones:

1. Si lo contemporáneo es aquello que nos conmueve (nos hiera, nos perturba, nos sacude) más allá de cuándo y dónde fue producido (aquel libro, aquella pintura, aquella música, aquel paisaje, aquel poema, aquella palabra), lo actual nos fuerza a entrar sin remedio en una cronología antipática que todo lo devora y todo lo desdicha.
2. Si el gesto de educar –tal como entendemos el pasaje público de lo viejo a lo nuevo– consiste justamente en encontrar ese mundo contemporáneo para reunirse y conversar, lo novedoso nos ciega y nos hace perder la huella de otros tiempos, de otras personas, de otros libros, de otros paisajes, de otras palabras.
3. Si encontrarnos y conversar tiene que ver con sentir y pensar nuestro amor y dolor por el mundo y nuestro amor y dolor por los demás, creando un universo más hondo y más largo, lo actual reduce las posibilidades a un trueque de informaciones a propósito de lo más reciente, del modelo-objeto en vigencia, de aquello que reemplaza y mata a lo anteúltimo.
4. Si la lectura forma parte aún hoy de un ideal humanista –con toda la ambigüedad y peligrosidad que denota esta expresión–, ese ideario se está materializando ahora a través

de procesos que llamaríamos *bárbaros*, siguiendo a Baricco (2008), esto es, con la barbarie del nuevo capitalismo: leer sólo para informarse, apenas para actualizarse, sólo para subrayar un par de conceptos, para el trabajo, leer pura y exclusivamente como un pasaje a través de la mercancía del conocimiento y de la tecnología.

Educar podría significar hacer presente, volver presente, advertir la presencia de mundos inalcanzables, de mundos inimaginables, de mundos que nunca estarán al alcance de los archivos incoloros, inodoros e insípidos de los motores de búsqueda. Y, al contrario de lo que pregonan los nuevos dictados y mandatos formativos, educar continúa siendo un repertorio más o menos pequeño, noble y éticamente deseable de gestos imperecederos:

- a) Exponer el mundo, con toda la generosidad posible, es decir, dejar disponibles todos los indicios creados a lo largo de los siglos.
- b) Ser partidarios del enseñar, de la responsabilidad del enseñar que, como sugiere su raíz latina supone ofrecer, dar, donar signos que otros descifrarán a su tiempo y a su modo. Lo contrario es también cierto: no ser partidarios de esa figura débil y escuálida –ser sólo mediadores del aprendizaje– en la que se quiere transformar a los educadores como simples evaluadores mezquinos de lo que hacen los demás.
- c) Apostar por una defensa irrestricta de lo público en educación –y no simplemente de la educación pública– que es lo opuesto del secreto, lo privado, lo que permanece encerrado y no hace más que privilegiar a los privilegiados y empobrecer a los empobrecidos.
- d) Comprender la infancia no como una edad ni como una generación, sino como la particular relación del cuerpo y de la palabra con un tiempo de intensidad sin cronologías ni demandas de provecho, utilidad o mercadería. Educar es hacer durar esa edad de la infancia todo el tiempo que fuese posible, para que luego no nos pasemos el resto de la vida intentando –sin éxito alguno– regresar a una sensación que, de continuar sólo en el reino del utilitarismo, no habrá existido jamás.
- e) Volvemos aliados de la lectura pero no con la violencia del argumento burocrático que supone que sin leer ni escribir no serás nadie en la vida, no podrás trabajar, no estarás actualizado o no serás feliz, sino a través de la razón literaria, única e indestructible, la de entender la ficción –la invención, la metáfora– como una necesidad humana, sin la cual, este mundo sería insoportable.



Lectio Divina

Las Bienaventuranzas

“Alegraos y regocijaos...” (Mt 22,34-40)

Orden de los Carmelitas²⁵

1. Oración inicial

¡Oh, Señor!, buscar tu Palabra, que nos lleva al encuentro con Cristo, es todo el sentido de nuestra vida. Haznos capaces de acoger la novedad del evangelio de las Bienaventuranzas, que así es como mi vida puede cambiar.

De ti, Señor, no podría saber nada, si no existiese la luz de la Palabra de tu Hijo Jesús, venido, para “contarnos” tus maravillas. Cuando soy débil, apoyándome en Él, Verbo de Dios, me hago fuerte. Cuando me comporto como un ignorante, la sabiduría de su evangelio me restituye el gusto de Dios, la suavidad de su amor. Y me guía por los senderos de la vida. Cuando aparece en mí cualquier deformidad, reflexionando en su Palabra, la imagen de mi personalidad se hace bella. Cuando la soledad me tienta para dejarme sin vigor, uniéndome a Él en matrimonio espiritual mi vida llega a ser fecunda. Y cuando me hallo en cualquier tristeza o infelicidad, el pensar en Él como mi único bien, me abre el sentido del gozo. Un texto que resume fuertemente el deseo de la santidad, como búsqueda intensa de Dios y escucha de los hermanos, es el de Teresa del Niño Jesús: “Si tú eres nada, no olvides que Jesús lo es todo. Debes por tanto perder tu poca nada, en su infinito todo y no pensar nada más que en este todo totalmente amable...” (Cartas, 87, a María Guerin).

2. Lectura

¹ Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. ² Y, tomando la palabra, les enseñaba diciendo:

³ «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

⁴ Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

⁵ Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

⁶ Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia,

²⁵ Tomado de <https://ocarm.org/es/content/lectio/lectio-divina-todos-santos>.

porque ellos serán saciados.

⁷ Bienaventurados los misericordiosos,
porque ellos alcanzarán misericordia.

⁸ Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.

⁹ Bienaventurados los que trabajan por la paz,
porque ellos serán llamados hijos de Dios.

¹⁰ Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

¹¹ Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. ¹²Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

2. La Palabra se ilumina

La Palabra de Jesús sobre las Bienaventuranzas que Mateo recoge de sus fuentes, estaba condensada en breves y aisladas frases y el evangelista las ha colocado dentro de un discurso de más amplio respiro; es lo que los peritos de la Biblia llaman “discurso de la montaña” (capítulos 5-7). Tal discurso viene considerado como el Estatuto o la Carta Magna que Jesús ha confiado a su comunidad como palabra normativa y vinculante para definirse cristiana.

Los varios temas de la palabra de Jesús contenidos en este largo discurso no son una suma o aglomerado de exhortaciones, sino más bien indican con claridad y radicalidad cual debe ser la nueva actitud que hay que tener con Dios, con nosotros mismos y con nuestros hermanos. Algunas expresiones de esta enseñanza de Jesús pueden aparecer exageradas, pero son utilizadas para dar una imagen más viva de la realidad y por tanto realista en el contenido, aunque no en la forma literaria: por ejemplo en los vv. 29-30: “Si tu ojo derecho te es ocasión de escándalo, sácatelo y arrójalo fuera de ti: es mejor que perezca uno de tus miembros, que todo el cuerpo sea arrojado a la Gehenna. Y si tu mano derecha te es ocasión de escándalo, córtatela y arrójala lejos de ti; es mejor que perezca uno de tus miembros, que todo el cuerpo termine en la Gehenna”. Tal modo de expresarse es para indicar el efecto que se quiere crear en el lector, el cual debe entender rectamente la palabra de Jesús para no trastocar el sentido.

Nuestra atención por exigencias litúrgicas se detiene en la primera parte del “discurso de la montaña”, aquella precisamente que se abre con la proclamación de las bienaventuranzas (Mt 5,1-12)

Algunos particulares

Mateo prepara al lector a escuchar las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús con una rica concentración de detalles particulares. Ante todo se indica el lugar en el cual Jesús pronuncia su discurso: “Jesús subió al monte” (5,1). Por este motivo los exegetas lo definen como el “sermón del monte” a diferencia de Lucas que lo inserta en el

contexto de un lugar llano (Lc 6,20-26). La indicación geográfica “del monte” podría aludir veladamente a un episodio del AT muy semejante al nuestro: es cuando Moisés promulga el decálogo sobre el Monte Sinaí. No se excluye que Mateo intente presentar la figura Jesús, nuevo Moisés, que promulga la ley nueva.

Otro particular que nos llama la atención es la posición física con la que Jesús pronuncia sus palabras: “se sentó”. Tal postura confiere a su persona una nota de autoridad en el momento de legislar. Lo rodean los discípulos y las “muchedumbres”: este particular intenta demostrar que Jesús al pronunciar tales palabras se ha dirigido a todos y que se deben considerar actuales para todo el que escucha. Hay que notar que el discurso de Jesús no presenta detalles de formas de vida imposibles, o que están dirigidas a un grupo de personas especiales o particulares, ni intenta fundar una ética exclusivamente para el interior. Las exigentes propuestas de Jesús son concretas, comprometidas y decididamente radicales.

Alguien ha estigmatizado así el discurso de Jesús: “Para mí, el texto más importante de la historia humana. Se dirige a todos, creyentes o no, y permanece después de veinte siglos, como la única luz que brilla todavía en las tinieblas de la violencia, del miedo, de la soledad en la que ha sido arrojado el Occidente por su propio orgullo y egoísmo” (Gilbert Cesbron)

El término “beati” (en griego makarioi) en nuestro contexto no expresa un lenguaje “plano” sino un verdadero y preciso grito de felicidad, difundidísimo en el mundo de la Biblia. En el AT, por ejemplo, se definen personas “felices” a aquellos que viven las indicaciones de la Sabiduría (Sir 25,7-10). El orante de los Salmos define “feliz” a quien teme, o más precisamente, a quien ama al Señor, expresándolo en la observancia de las indicaciones contenidas en la Palabra de Dios (Sal 1,1; 128,1).

La originalidad de Mateo consiste en la unión de una frase secundaria que especifica cada bienaventuranza: por ejemplo, la afirmación principal “bienaventurados los pobres de espíritu” se ilustra con una frase añadida “porque de ellos es el reino de los cielos”. Otra diferencia respecto al AT: la de Jesús anuncian una felicidad que salva en el presente y sin limitaciones. Además, para Jesús, todos pueden acceder a la felicidad, a condición de que se esté unido a Él.

Las tres primeras bienaventuranzas

El primer grito va dirigido a los pobres: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. El lector queda desorientado: ¿cómo es posible que los pobres puedan ser felices? El pobre en la Biblia es aquel que se vacía de sí mismo y sobre todo renuncia a la presunción de construir su presente y futuro de modo autónomo, para dejar, por el contrario, más espacio y atención al proyecto de Dios y a su Palabra. El pobre, siempre en sentido bíblico, no es un hombre cerrado en sí mismo, miserable, sino que nutre una apertura a Dios y a los demás. Dios representa toda su riqueza. Podríamos decir con Santa Teresa de Ávila: felices son los que hacen la experiencia del “¡Sólo Dios basta!”, en el sentido de que son ricos de Dios.

Un gran autor espiritual de nuestro tiempo ha descrito así el sentido verdadero de la pobreza: “Hasta que el hombre no vacía su corazón, Dios no puede rellenarlo de sí. En cuanto y en la medida que de todo vacíe su corazón, el Señor lo llena. La pobreza es el vacío, no sólo en lo referente al futuro, sino también en lo que se refiere al pasado. Ningún lamento o recuerdo, ninguna ansia o deseo. Dios no está en el pasado. Dios no está en el futuro. ¡Él es la presencia! Deja a Dios tu pasado, deja a Dios tu futuro. Tu pobreza es vivir en el acto que vives, la presencia pura de Dios que es la Eternidad” (Divo Barsotti). Es la primera bienaventuranza, no sólo porque da inicio a la serie, sino porque parece condensar las variedades específicas de las otras.

“Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra”. La segunda bienaventuranza se refiere a la mansedumbre. Una actitud, hoy, poco popular. Incluso para muchos tiene una connotación negativa y se entiende como debilidad o por aquella imperturbabilidad de quien sabe controlar por cálculo la propia emotividad. ¿Cuál es el significado de “mansos” en la Biblia? Los mansos se perfilan como personas que gozan de una gran paz (Salmo 37,10), son considerados como felices, benditos, amados por Dios. Y al mismo tiempo son contrapuestos a los malvados, impíos, a los pecadores. De aquí que el AT presenta una riqueza de significados que no nos permiten una definición unívoca.

En el NT el primer texto que encontramos es Mt 11,29: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Un segundo texto está en Mt 21,5. Mateo cuando quiere narrar la entrada de Jesús en Jerusalén, cita la profecía de Zacarías 9,9: “He aquí que tu siervo viene a ti manso” En verdad, el evangelio de Mateo pudiera ser definido el evangelio de la mansedumbre.

También Pablo recuerda la mansedumbre como una actitud específica del ser cristiano. En 2 Corintios 10,1 exhorta a los creyentes “por la benignidad y mansedumbre de Cristo”. En Gálatas 5,22 la mansedumbre es considerada un fruto del Espíritu Santo en el corazón de los creyentes y consiste en ser mansos, moderados, lentos para herir, dulces, pacientes con los demás. Y todavía en Efesios 4,32 y Colosenses 3,12 la mansedumbre es un comportamiento que deriva de ser cristiano y es una señal que caracteriza al hombre nuevo de Cristo.

Y finalmente, una indicación elocuente nos viene de la 1 Pedro 3,3-4: “Vuestro ornato no ha de ser el exterior, cabellos rizados, ataviados con collares de oro o la compostura de los vestidos, tratad más bien de adornar el interior de vuestro corazón con un espíritu incorruptible lleno de mansedumbre y de paz que es lo precioso delante de Dios”.

En el discurso de Jesús ¿qué significado tiene el término “mansos”? Verdaderamente iluminadora es la definición del hombre manso que nos ofrece el cardenal Carlo Maria Martín: “El hombre manso según las bienaventuranzas es aquel que, a pesar del ardor de sus sentimientos, permanece dúctil y libre, no posesivo, internamente libre, siempre sumamente respetuoso del misterio de la libertad, imitador en esto de Dios, que hace todo en el sumo respeto por el hombre, y mueve al hombre a la obediencia y al amor sin usar jamás la violencia. La mansedumbre se opone así a toda forma de prepotencia material y moral, es la victoria de la paz sobre la guerra, del diálogo sobre el atropello”.

A esta sabia interpretación se añade la de otro ilustre exegeta: “La mansedumbre de la que habla las bienaventuranzas no es otra cosa que aquel aspecto de humildad que se manifiesta en la afabilidad puesta en acto en las relaciones con el prójimo. Tal mansedumbre encuentra su ilustración y su perfecto modelo en la persona de Jesús, manso y humilde de corazón. En el fondo nos aparece como una forma de caridad, paciente y delicadamente atenta para con los demás”. (Jacques Dupont)

“Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados”. Se puede llorar por un gran dolor o sufrimiento. Tal estado de ánimo subraya que se trata de una situación grave, aunque no se indiquen los motivos para identificar la causa. Queriendo identificar hoy la identidad de estos “afligidos” se podría pensar en todos los cristianos que desean con vehemencia la llegada del Reino y sufren por tantas cosas negativas en la Iglesia; al contrario de preocuparse de la santidad, la Iglesia presenta divisiones y heridas. Pueden ser también aquellos que están afligidos por sus propios pecados e inconsistencias y que, en algún modo, vuelven al camino de la conversión. A estas personas sólo Dios puede llevarles la novedad de la “consolación”.

3. La palabra me ilumina

- ¿Sé aceptar aquellos pequeños signos de pobreza que a mí me suceden? Por ejemplo, ¿la pobreza de la salud, las pequeñas indisposiciones? ¿Tengo grandes pretensiones?
- ¿Sé aceptar cualquier aspecto de mi pobreza y fragilidad?
- ¿Sé rezar como un pobre, como uno que pide con humildad la gracia de Dios, su perdón, su misericordia?
- Inspirado por el mensaje de Jesús sobre la mansedumbre ¿sé renunciar a la violencia, a la venganza, al espíritu de revancha?
- ¿Sé cultivar, en familia y en mi puesto de trabajo, un espíritu de dulzura, de mansedumbre y de paz?
- ¿Respondo con el mal a las pequeñas ofensas, a las insinuaciones, a las alusiones ofensivas?
- ¿Sé estar atento con los débiles, que son incapaces de defenderse? ¿Soy paciente con los ancianos? ¿Acogedor con los extranjeros, los cuales a menudo son explotados en su trabajo?

4. Oración final:

Señor Jesús, tú nos indica la senda de las bienaventuranzas para llegar a aquella felicidad que es plenitud de vida y de santidad. Todos estamos llamados a la santidad, pero el tesoro para los santos es sólo Dios. Tu Palabra Señor, llama santos a todos aquellos que en el bautismo han sido escogidos por tu amor de Padre, para ser conformes a Cristo. Haz, Señor, que por tu gracia sepamos realizar esta conformidad con Cristo Jesús. Te damos gracias, Señor, por tus santos que has puesto en nuestro camino, manifestación de tu amor. Te pedimos perdón porque hemos desfigurados en nosotros tu rostro y renegado nuestra llamada a ser santos.

► El anaquel

Reflexiones capitulares Encuentros comunitarios - Sesión 1

Juan José Bartolomé

En breve llegarán a nosotros los documentos del CG 28 (“Qué salesianos para los jóvenes de hoy”. Roma, 16 agosto 2020), publicados en *Actas del Consejo General* 433. Puesto que la Asamblea Capitular no pudo llevar a término el trabajo asignado, confió al Rector Mayor y Consejo la redacción de un texto que recogiera cuando había sido deliberado y aprobado por la Asamblea y continuara la reflexión iniciada y la fijara por escrito.

Fruto de este esfuerzo son las “Reflexiones Capitulares” que el Rector Mayor ofrece a toda la Congregación, un texto tan decisivo para él como para considerarlo “propuesta programática”, “muy importante para la animación, gobierno y vida de la Congregación en el propio sexenio”. No ha de extrañar, por tanto, que nos pida hacerlo “motivo de estudio, análisis y conocimiento en cada una de las Inspectorías, tanto por parte de los hermanos, como de modo particular los directores en su servicio de animación y gobierno de las comunidades y presencias locales, y por supuesto, por parte de cada Inspector con su Consejo”.

Don Ángel Fernández nos revela que entrega “este documento con mirada de fe, con mucha confianza en cada hermano”. Y pide que, **“haciéndolo motivo de oración lo estudiéis pacientemente, que lo leáis y reflexionéis, que os dejéis interpelar..., que interioricéis la espiritualidad que en estas reflexiones capitulares”** encontraremos, “que **dialoguéis con las propuestas** que pretenden ser significativas y proféticas en nuestro modo de asumirlas y llevarlas a la vida”. Cree – añade - “que **durante un tiempo significativo este estudio, conocimiento e interiorización, y diálogo en el corazón y ante nuestro Señor, deberá ser la tarea principal** de cada hermano, cada comunidad local, cada Inspectoría y Visitaduría, cada Región o Conferencias Inspectoriales”.

El Sr. Inspector y su Consejo, que acogen, agradecidos, el deseo del Rector Mayor, proponen a todas las comunidades que dediquen las jornadas de formación permanente en comunidad al estudio y la oración del texto. La Delegación de Formación enviará tempestivamente el guión a seguir en cada sesión. Los guiones pretenden facilitar a los hermanos la comprensión del texto del RM, introducirles a una seria reflexión comunitaria sobre él y, no menos decisivo, favorecer su acogida cordial mediante una breve oración.

En esta primera sesión los dos textos del RM que siguen son introductorios y, próximamente, serán publicados en las ACG 433. El primero es una presentación global de todos los documentos capitulares. El segundo pertenece, al primero de ellos, el texto programático que el Rector Mayor nos ofrece como ruta de viaje para el sexenio y es, propiamente, su introducción. Aunque coinciden bastante en cuanto dicen, hacerlos objeto de estudio juntos ayudará a captar mejor la intención del Rector Mayor y los desafíos que deberemos afrontar.

Presentación

Texto,
iniciado en el
CG28,
ultimado por
el Consejo
General

Mis queridos hermanos:

Han pasado ya cuatro meses desde que el Capítulo General 28 terminó, tres semanas antes de lo programado, a causa de la pandemia que hizo imposible nuestra permanencia por más tiempo en Valdocco. Hoy llego con esta presentación a cada uno de vosotros, con un sentimiento de profunda alegría por lo que hemos vivido en Valdocco, y de satisfacción por lo que creo que es **un trabajo llevado a cabo entre todos, y ultimado en el seno del Consejo General**. De la Asamblea Capitular recibimos este encargo, el de terminar lo que quedó inacabado en aquel momento.

Reflexiones
Capitulares:
la Asamblea
Capitular no
pudo
redactarlo ni
votarlo

El documento que llega a todos los hermanos a través de esta publicación responde al título de “Reflexiones Capitulares” y no ‘Documentos Capitulares’, como era habitual, ya que **la Asamblea Capitular no pudo llegar a la redacción de un texto final** votado en la sede capitular. Tan sólo algunas deliberaciones capitulares, en especial aquellas de carácter jurídico, vieron la luz en las primeras cuatro semanas.

Texto
programático
para el
sexenio
2020-2026

Pero como he expresado en diversas ocasiones, aunque ha sido un Capítulo ‘especial’ a causa de las circunstancias que nos tocó vivir, no es un Capítulo carente de orientaciones y líneas programáticas. De hecho, el documento que hago llegar tiene una primera parte que, tanto yo mismo como los hermanos del Consejo General consideramos muy importante para la animación, gobierno y vida de la Congregación en el propio sexenio. Se trata del **texto programático que el Rector Mayor ofrece a la Congregación para el sexenio 2020-2026**.

Recoge parte
del contenido
de la Carta
del Papa y
otros
elementos
esenciales

En esta amplia propuesta encontraréis, queridos hermanos, la reflexión ulterior al Capítulo General, fruto del mismo y de la síntesis del camino recorrido en nuestra Congregación en el sexenio precedente. Es una amplia reflexión que **recoge ante todo el espíritu y gran parte del contenido de la Carta que el Santo Padre Papa Francisco ha dirigido al Capítulo General, y también recoge aquellos elementos que he considerado esenciales**, ya presentes en la reflexión hecha en la

asamblea capitular, sobre los dos primeros núcleos y el tercero que hemos elaborado en el Consejo General.

Ha de ser motivo de estudio para toda la Congregación que deberá recorrer ese camino

Esta propuesta programática deberá ser, sin duda, **motivo de estudio, análisis y conocimiento en cada una de las Inspectorías**, tanto por parte de los hermanos, como de modo particular los directores en su servicio de animación y gobierno de las comunidades y presencias locales, y por supuesto, por parte de cada Inspector con su Consejo. Considero que, con una velocidad u otra, según la realidad de cada Inspectoría, **toda la Congregación deberá transitar este camino** que es identitario, carismático y que ofrece pautas y líneas de acción para nuestro presente.

Otros documentos incluidos en el Acta 433

Al texto programático del sexenio le sigue la **carta del Santo Padre**, que sin duda llegará muy hondamente al corazón de cada salesiano, y será motivo de meditación, de estudio y profundización y de confrontación personal ante ella.

Los **tres núcleos** propuestos como trabajo capitular han tenido un rico desarrollo, aunque no pasara por todas las fases de estudio y elaboración que estaban pensadas en un comienzo. Contienen una rica reflexión y propuestas precisas y oportunas para la vida de las Inspectorías en todas las presencias en el mundo.

Finalmente, están recogidas las **deliberaciones capitulares** y, como en todos los Capítulos Generales, los **Anexos** con las diversas cartas y discursos.

Ahonda en las motivaciones que aseguran mantener fidelidad

Considero que **el documento que llega ahora a cada uno permite ahondar en las motivaciones eclesiales, carismáticas e identitarias que nos ayudarán a seguir adelante en el camino de fidelidad** que como Congregación, y de modo personal, queremos seguir haciendo. Nuestro mundo de hoy, la Iglesia y los jóvenes, junto con sus familias, nos necesitan al igual que ayer, y como será mañana, para seguir haciendo un camino de fidelidad al Señor Jesús siendo significativos y atrevidamente proféticos. Ojalá que el Señor nos conceda este don. Con mediocridad y miedos poco podremos ofrecer a los jóvenes que les permita transformar sus vidas y llenarlas de sentido.

Que el texto ayude a reavivar en cada salesiano la pasión apostólica de Don Bosco.

Estoy muy convencido de que todos deseamos formar parte de una Congregación que se siente muy viva y donde cada hermano entrega su vida cada día no de cualquier modo, sino mereciendo la pena. Deseo profundamente **que este 'especial' CG28 ayude a cada hermano a reavivar la pasión apostólica** que caracterizó a nuestro Padre Don Bosco, **para ser otros Don Bosco hoy**, en cualquier parte del mundo, en cualquier cultura, en cualquier situación.

Será tarea principal el que durante un tiempo significativo se estudie, se interiorice, se dialogue en el corazón y ante el Señor.

Añado **una petición**: Al mismo tiempo que les entrego este documento con mirada de fe, con mucha confianza en cada hermano, y haciéndolo motivo de oración, **os pido que lo estudiéis** pacientemente, que lo leáis y reflexionéis, que os dejéis interpelar, queridos hermanos. **Os pido que interioricéis la espiritualidad** que en estas reflexiones capitulares encontrarán, **que dialoguéis con las propuestas** que pretenden ser *significativas y proféticas en nuestro modo de asumirlas y llevarlas a la vida*. Creo que **durante un tiempo significativo este estudio, conocimiento e interiorización, y diálogo en el corazón y ante nuestro Señor, deberá ser la tarea principal** de cada hermano, cada comunidad local, cada Inspectoría y Visitaduría, cada Región o Conferencias Inspectoriales.

A 205 años del nacimiento de Don Bosco, los jóvenes nos esperan como amigos, hermanos, padres.

Mis queridos hermanos, la promulgación de estas *Reflexiones Capitulares* se hace el 16 de agosto del 2020, a **los doscientos cinco años después del nacimiento de Don Bosco**, y a los ciento sesenta y dos años del inicio de nuestra Congregación. Hasta el día de hoy ha sido hermoso el camino recorrido por nuestra Congregación y Familia Salesiana, y si nuestra respuesta sigue siendo en fidelidad al Señor, sin duda que por el bien de los jóvenes será mucho más lo que se vaya escribiendo con la entrega en el día a día, allí donde haya un joven que necesite al salesiano que sabrá ser amigo, hermano y padre.

Nos confiamos a María, para ser entre los jóvenes, “testigos del amor inagotable de su Hijo”.

Nuestra Madre Auxiliadora nos acompaña en este camino y como con Don Bosco, lo seguirá haciendo todo. De ella aprendemos lo que es la escucha atenta a la voz del Espíritu Santo y la docilidad a Él, así como la profundidad de vida en Dios y la entrega sencilla y decidida de cada día que nos hace ser, verdaderamente, signos y portadores del Amor de Dios a los jóvenes. A nuestra Madre Auxiliadora nos confiamos “para ser, entre los jóvenes, testigos del amor inagotable de su Hijo” (C. 8)

Propuesta programática del Rector Mayor a la Congregación salesiana después del CG 28

Verdadera ‘hoja de ruta’ para el próximo sexenio

Muy queridos hermanos salesianos de todo el mundo.

Es un deber que cumpla muy gustosamente el de dirigirme a todos vosotros después del Capítulo General, tras la primera sesión plenaria del Consejo General. Con este documento que he compartido con todo el Consejo General pretendo ofrecer a mis hermanos salesianos **una verdadera ‘hoja de ruta’ para el próximo sexenio**, ya que la interrupción del Capítulo General no nos permitió elaborar unos documentos capitulares que fuesen norma y guía para el próximo sexenio.

A pesar de la interrupción del CG28,

Ante esta realidad dolorosa de la pandemia a causa del virus Covid-19 que ha golpeado y sigue golpeando fuertemente el mundo hasta el día de hoy, nosotros **hemos vivido algo único**: la interrupción de un Capítulo General. Es la primera vez en la historia de nuestra Congregación, sólo superada por una realidad más trágica que fue el estallido de la primera guerra mundial y la imposibilidad de celebrar, en el Rectorado de don Pablo Albera, el XII Capítulo General cuya celebración, de hecho, tuvo que esperar casi doce años.

los capitulares vivieron en Valdocco, fuente del carisma.

Pero, en nuestro caso, la interrupción de los trabajos capitulares no ha significado en absoluto que el Capítulo General 28 no esté lleno de contenido y significado. Y además de lo reflexionado, todos los capitulares han podido regresar a sus inspectorías – algunos tras varios meses de espera en Valdocco – con múltiples vivencias acumuladas y un sentir muy salesiano alimentado en las ‘fuentes de Valdocco’, **en las fuentes de nuestro nacimiento carismático**.

Elegidos el RM y su Consejo, se les encomendó de completar la reflexión.

Al Capítulo General le fue posible, aún con la amenaza de la pandemia y la suspensión del mismo, elegir en la última semana al Rector Mayor y a todos los miembros del Consejo General, y encomendarnos la continuación de la reflexión en aquellos puntos que no se pudieron abordar.

El documento “Reflexiones Post-Capitulares” es la respuesta.

De hecho, mi carta y todo lo que contiene este volumen que hemos querido titular ‘Reflexiones Post-Capitulares’ pretende ser respuesta fiel al mandato capitular recibido.

Valdocco, lugar santo, casa de todos;

A esta realidad se suma un sentimiento de profundo agradecimiento al Señor por todo lo vivido y especialmente, haberlo **vivido en Valdocco**. Nuestro CG28 ha estado marcado, justamente, por el hecho de celebrarse en Valdocco, en la cuna del nacimiento de nuestro carisma, en ese lugar santo donde nuestro padre Don Bosco “dio respuesta a la vida de jóvenes con rostro e historia”. Hemos vivido en Valdocco nuestro capítulo general con la certeza de que *aquí está la casa de todos*.

y el Papa Francisco

Así nos lo ha recordado el Santo Padre Francisco quien ha querido hacer a Don Bosco, en la persona de sus hijos reunidos en asamblea capitular, el hermoso regalo de venir a visitarnos. Meses antes me lo había dicho. Estaba pensando en venir a acompañarnos a Valdocco. Al inicio del Capítulo General mis diálogos con las personas responsables de las visitas del Papa confirmaron su visita para los días 6 y 7 de marzo. Todo estaba preparado. Lo esperábamos el viernes 6 de marzo a mediodía. Estaría con nosotros en Valdocco hasta el 7 a por la mañana, y después visitaría a su familia. Lamentablemente la pandemia del coronavirus y las restricciones de movimientos en todo el estado italiano hicieron imposible ésta su visita que habría sido también única en nuestra historia, al menos por la duración de tal su presencia, y su participación

directa en el Capítulo General, tal como el Santo Padre deseaba. Por teléfono nos dejó un mensaje que yo compartí con toda la asamblea capitular, y al día siguiente teníamos en nuestra mano su Mensaje dirigido al CG28 que se encuentra en esta publicación.

nos invitan a escuchar los gritos de los jóvenes y a discernir

Y desde el inicio del CG28 hemos vivido con una fuerte conciencia; la de ponernos en disposición tal de modo que “el Espíritu reavive el don carismático de vuestro fundador”. Así nos lo deseaba el Santo Padre **invitándonos a no cerrar las ventanas ante el murmullo y griterío que teníamos que sentir en el patio de Valdocco**, evocando aquel primer oratorio. Ese murmullo debía acompañarnos y mantenernos inquietos e intrépidos en el discernimiento.

Tarea de los próximos seis años:

De eso se tratará en los próximos seis años, por el del bien de los jóvenes del mundo, jóvenes que tuvieron también rostro concreto en ese grupo espléndido que vivieron el capítulo general con nosotros durante unos días, que nos interpelaron, que nos hablaron con el corazón y al corazón, y que nos conmovieron.

dar respuesta a la realidad, actual, y salir del miedo y del confort

Y porque en Valdocco todo nos habla de don Bosco y sus jóvenes, y porque los jóvenes de hoy nos llaman, nos hablan y nos esperan como Congregación, es por lo que **nos propondremos unas metas que den respuesta a la realidad de hoy, y que nos saquen de nuestros miedos y zonas de confort**, allí donde las haya.

Programa en continuidad con lo ya recorrido,

Esta propuesta que les hago llegar, Hermanos, que pretende ser por tanto **programa de acción** para el próximo sexenio, está en absoluta continuidad con el camino anterior de la Congregación y nos da también por esto mismo fuerza y ánimo.

y da respuesta a ocho desafíos con los que todos tendremos que afrontar durante el próximo sexenio

Son varios **los desafíos a los que necesitamos dar respuesta** en los próximos seis años. Os los presento como fruto de la reflexión en el Capítulo General y después de él. Se los propongo a toda la Congregación conociendo con detalle, después de los seis años anteriores, la realidad que vivimos y el camino de la Iglesia últimamente. Se lo propongo a todas las Inspectorías, después de haberlo compartido con los miembros del Consejo General, porque estos desafíos **deberán ser el espejo en el que confrontarse cada Inspectoría del mundo, y los criterios para definir las metas y objetivos, los procesos y acciones concretas del próximo sexenio allá donde el carisma de los hijos de Don Bosco ha echado raíces.**

Tales desafíos y metas a las que hemos de dar respuesta son:

1. **SALESIANO DE DON BOSCO PARA SIEMPRE. Un sexenio para crecer en identidad salesiana**

2. En una Congregación donde NOS URGE el “DA MIHI ANIMAS, COETERA TOLLE”
3. Viviendo el “SACRAMENTO SALESIANO DE LA PRESENCIA”
4. Formándonos para ser SALESIANOS PASTORES HOY
5. PRIORIDAD ABSOLUTA POR LOS JÓVENES, los más pobres y los más abandonados e indefensos
6. JUNTO A LOS LAICOS EN LA MISIÓN y EN LA FORMACIÓN. La fuerza carismática que nos brinda el laicado y la Familia Salesiana
7. ES HORA DE MÁS GENEROSIDAD EN LA CONGREGACION. Una Congregación Universal y Misionera
8. Acompañando a los Jóvenes hacia un FUTURO SOSTENIBILE

Guion para el primer encuentro comunitario

Objetivo

Habiendo leído personalmente la doble presentación con la que el Rector Mayor nos introduce su *Propuesta programática* a la Congregación para el próximo sexenio, hacerla **motivo de reflexión comunitaria**, intentando comprender su razón de ser, las motivaciones de fondo y su precisa intencionalidad.

Desarrollo

Tiempo para la escucha

Desde I Becchi, el propio Rector Mayor nos presenta brevemente el sentido de la propuesta de caminos para el próximo sexenio.

<https://www.youtube.com/watch?v=-NwpQ7ArE0Q> (8 minutos)

Un hermano de la comunidad ofrece un breve resumen de la doble presentación o en su defecto la comunidad se da un cuarto de hora para leerlas.

Tiempo para el discernimiento comunitario: “Algo nuevo está brotando”

En su doble presentación escrita y en el vídeo, el Rector Mayor selecciona con cierto orden de prioridad algunos desafíos que quisiera que, como Congregación, afrontemos en el próximo sexenio.

Desde nuestra situación personal (vivencia vocacional) y comunitaria (acción pastoral, presencia y compromiso con los jóvenes), releemos y ordenamos los desafíos de acuerdo con las “urgencias” que nosotros consideramos prioritarias, identificando también las causas. Tras analizar, en próximas sesiones, cada uno de los ocho desafíos, podríamos trazar un plan de desarrollo para el sexenio que guiaría los Proyectos de Vida y Acción anuales.

Para que notemos lo nuevo, que está brotando (cf. Is 43,18), es necesario que nos dejemos guiar por el Espíritu y afrontemos juntos lo que está aconteciendo con una triple mirada:

- *de contemplación*: intuyendo las **llamadas a nuestra fe** que nos hacen cada uno de los desafíos;
- *de discernimiento*: evocando aspectos de **nuestra realidad actual** más relacionados con cada uno de ellos;
- *de identificación*: buscando **crecer en la identidad salesiana** de nuestras vidas y misión.

Tiempo para la oración

En un momento de silencio ponemos en manos de Dios, apoyados en la intercesión de Don Bosco, la reflexión común, nuestras vidas, la de cada uno de nosotros y las de nuestros jóvenes.

Pedimos juntos la fuerza del Espíritu, “que suscitó, con la intervención maternal de María, a san Juan Bosco” (C. 1), para que siga produciendo en nosotros la misma pasión apostólica “que nos mueve a buscar las almas y servir únicamente a Dios” (C. 10).

Después, rezamos juntos:

Dios Padre,

te reconocemos y confesamos como origen de nuestra Congregación y fuente del carisma salesiano,

concédenos contemplar el mundo de hoy,

en especial el mundo de los jóvenes, con tus ojos y bajo tu luz.

Podremos así identificar lo que están esperando de nosotros,

y acompañarlos, con la fuerza de tu Espíritu, en sus penas y alegrías llevándolos hacia ti.

María, Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos,

te creemos “presente entre nosotros..., nos confiamos a ti...,

para ser entre los jóvenes, testigos del amor inagotable” (C. 8) de tu Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Terminamos viendo y rezando la video-plegaria del 205 centenario del nacimiento de Don Bosco.

<https://www.youtube.com/watch?v=cLgb6nPGHvU>

Delante de tu cuerpo, Don Bosco,

te pido que todos nosotros, los salesianos, tus hijos,

y todos los miembros de la Familia Salesiana logremos tener

tus ojos:

para no contemplar otra cosa que a los jóvenes del mundo;

tu corazón:

para amarlos como tú has sabido amarlos para hacerlos sentir amados;

tu mente:

llena de fantasía apostólica para responder a sus necesidades y expectativas;

tus manos laboriosas:

para volver realidad tus sueños;

tus pies:

Para ir hacia ellos en donde se encuentren.



El encanto de los días

Conversaciones en el banco solitario

Esta tarde soleada vuelvo a mi paseo... Regreso al banco conocido, ocupado nuevamente por una anciana, sola, que contempla, en su soledad, el ir y venir de la gente... Me cuenta que ahora se dedica a poner nombres a los que pasan: el niño del patinete verde, el matrimonio del no me mires, los muchachos de los pantalones rotos, la pareja de la mascarilla y los guantes amarillos, la dama del "bozal" naranja con crespones negros, el viejo de la pantalla azul... Ella, en silencio, contempla y establece conversaciones. Habla, me ha parecido entender, hasta con los coches... También en ellos ha descubierto el sonido oscuro de la contaminación y el lenguaje mecánico de la alegría o de las prisas. Y, sin querer, recuerdo nuevamente que "para andar conmigo me bastan mis pensamientos".

Mi presencia no le sorprende. Me comenta que ya me tiene catalogado desde hace tiempo. Que ha observado que últimamente estaba viniendo menos veces por la zona y que le sorprende que, casi siempre, camino y paseo, a la misma hora y solo. No es una mala radiografía de mi vida a estas horas por diversas circunstancias.

He llegado a entender que sus pensamientos la sitúan en una realidad cambiante y nueva cada tarde. Mi amiga ha aprendido a adaptarse al medio en un proceso de asimilación de cuanto sucede. Resulta intérprete adecuada para que algunos hechos adquieran entidad y categoría de vida, por aquello de que alguien puede relatarlos. ¡Cuántas historias carecen de vida porque no hay ni habrá nadie que las cuente!

Y en la conversación sale, cómo no, el tema de la pandemia. Sus palabras me producen asombro: "He vivido bastante, he cumplido con mis deberes como madre, esposa, trabajadora, he hecho muchas cosas, y de muchas estoy orgullosa...; también sé que podría contagiarme con este virus y marcharme pronto al otro barrio. No me importa, creo que estoy preparada".

Regreso admirado y encantado por este testimonio impresionante y sincero.

Isidro Lozano

